

ESTUDIOS BIOGRAFICOS.



La Fornarina.

LA BELLA FORNARINA.

Pocas noticias ha conservado la posteridad acerca de la historia de la célebre querida de Rafael, de esta muger de peregrina hermosura que ejerciera tanto imperio en el corazón y en el numen del príncipe de los artistas; noticias que están careciendo todavía de unidad y que tan solo dan una idea incompleta de esa joven que merece colocarse entre la Laura de Petrarca y va Beatriz del Dante.

El influjo de la Fornarina ha sido, por decirlo así, el principio de una nueva era de la pintura, y sobre todo de esta parte del arte, indudablemente la más importante de todas, la de lo ideal en lo real. El sentimiento religioso y moral, el impulso á que debemos las obras maestras de la escuela italiana, se revisten con esta muger de formas á la vez más estensas y positivas.

Es cierto que el sentimiento de lo ideal existió en los cuadros ó estatuas de las escuelas anteriores á la de Rafael, pero existía en el estado místico. El tipo árido y duro, tranquilo y meditabundo de las vírgenes de Duccio y Limabué y de Masano era solamente la personificación de la vida ascética; y fácil era echar de ver las austeridades de la penitencia y las vigiliassin fin de la contemplación, al considerar sus rostros pálidos y graves y sus delgados miembros. En las madonas de Rafael hállase un orden de ideas enteramente diverso, que pertenecen á una inspiración más completa. Rafael es otro Pígalion: él supo idear y pintar la hermosura abstracta más pura de la forma humana, al mismo tiempo que ha sabido dar á esta hermosura una alma, hogar celeste de todas las virtudes; en una palabra, él ha sabido hermanar la expresión moral con el estilo. En vano se había tanteado esta idealización de la materia para la representación de la Madre de Dios, antes de que Rafael se hubiese prendado de la Fornarina. Esta muger llegó á ser, por decirlo así, el buen genio del pintor; ella suministraba á las vírgenes que pintaba esos contornos tan graciosos, esas formas tan castas y reales á la vez, que no nos cansamos de admirar. Cuantas veces se imaginaba el pintor una virgen vestida de todas las hermosuras de la tierra, interponiase siempre la imagen de la Fornarina entre su fantasía y su diseño. La modesta hija del panadero (1) ocupaba continuamente la ardiente imaginación del artista, y si se quiere formar una idea de lo que era este amor no hay más que representarse la posición de Rafael y la de la Fornarina. Rafael era ya reputado como uno de los más eminentes pintores que hubiesen existido, cuando encontró á esta muger tan amada. Era tan grande la admiración que causaban las obras de su numen, que, bien así como á Petrarca, se le hubiera conducido en triunfo al Capitolio y coronado de laureles. Era rico y se veía colmado de honores. Lo mismo que Rubens era buscado de los grandes, y como él, vivía á lo príncipe (*moda pittore, moda principe*) en el palacio que se había hecho construir. Su nombre iba de boca en boca, y su imagen debía ser venerada en el corazón de una infinidad de ilustres damas romanas. Y con efecto ¿cómo era posible á quien le había visto, olvidar aquella hermosa y noble cabeza, aquel semblante tranquilo donde brillaban las más raras prendas del corazón y del entendimiento? Finalmente estaba dotado de aquella modestia, de aquella amenidad que se echa de ver en los hombres que á una gran benevolencia, saben juntar una apacibilidad de costumbres, que agrada á primera vista y que no se sabe olvidar. La Fornarina hija humilde del pueblo no poseía más que su hermosura; pero ¿cuán hermosa no había de ser para que Rafael la elevara hasta sí? ¿Con qué pasión no debía amarla? En

cuanto á ella, debió amar al joven artista con aquella pasión exclusiva é ilimitada que caracteriza el amor de las mugeres de Roma; llegó pues á ser la Fornarina el ídolo de Rafael, confundióse con todos sus conceptos é intervino en todas sus creaciones.

¿Veis esa divina muger con sus formas juveniles, de pie sobre la concha marina que la sirve de carro y en medio de esos dioses y de esos tritones? Pues no es Tetis ni Anfitrite: es Galatea que ha robado á la Fornarina las proporciones esbeltas elegantes de su cuerpo, y su fresco semblante animado por un voluptuoso sentimiento. ¿Queréis ver un tipo admirable del entusiasmo de la fé sin límites, de esta devoción ardiente de que no cabe duda? Mirad la *transfiguración*. En primer término, esa figura de muger de rodillas en el suelo y mostrando á un niño el milagro que se verifica á su presencia; esa muger es también la Fornarina. Por todas partes se la encuentra; así en los altares como en las paredes de los palacios de sus Mecenas, ya fueren papas, ya fueren príncipes. Rafael á todos muestra la imagen de su adorada, el ideal de todos sus conceptos. En el pabellón de los jardines del palacio Borghese se vé un retrato pintado al fresco por Rafael; este retrato también representa á la Fornarina. En la galería Borghese se conserva otro. Pero el más verdadero y auténtico está en el palacio Barberini: es una figura de medio cuerpo, y notable por cierta extrañeza de estilo; se la vé desnuda hasta la cintura y se trasluce su seno al traves de finísimos y transparentes ropajes: está sentada en un bosquecillo en medio de flores, y cubre su cabeza una especie de turbante. En el brazo izquierdo lleva un brazaletes en el que se lee *Raphael Urbinus*.

Noble y vigorosa italiana, con la tez morena y uniforme, recuerda con la extensión de sus formas las Venus más hermosas de la antigüedad. Tiene la nariz algo ancha, pero los ojos rasgados y rebosando de vida. Su frente es despejada y comprensiva, el color de un cabello tiene un tinte algo rubio y tira un poco á amarillo. Parece que los maestros de las escuelas de Italia han conservado el gusto tradicional de sus antepasados los poetas romanos, que tenían en tanto aprecio los cabellos con reflejos de oro, la *flavam comam*; Horacio, Ovidio, Propertio, Cátulo, al cantar en sus inmortales versos el nombre y hermosura de las Lesbias, de las Pirras, de las Faganas, y de las Calidias, no se olvidaron de ensalzar el admirable color de la cabellera de sus queridas.

En la tribuna de la galería de Florencia hay otro retrato de muger que se ha querido atribuir á Rafael y mirar como el de la Fornarina; pero es una invención de Rafael Mengs, que hizo esta pintura con la mira de dar celebridad y estima á su obra.

Si hoy día es casi seguro el conocer la figura de la muger que ha ejercido tan grande influjo en el corazón del jefe de la escuela romana, justo es decir que apenas se sabe nada de su historia particular. En el siglo XVI se escribía poco; en vano se buscará en él esta inquieta curiosidad que pesquisa con afán las más insignificantes noticias de la existencia de un hombre ilustre. Fijábase la atención en cada una de las obras que salían de su taller; eran admiradas con entusiasmo, respiraba el individuo en sus obras. Ocupábase el historiador de la vida productiva del artista; pero nada decía de los hechos relativos á su vida privada. Así lo ha verificado casi siempre Vesari. Nos muestra, por ejemplo, á Rafael niño en el taller de su padre en Urbino, después en la escuela del Perujino; de allí le sigue á Florencia, á Roma y demás ciudades que el célebre artista enriqueció con sus obras maestras; y únicamente forma objeto de su descripción la mayor parte de las obras que produjo aquel raro y fecundo ingenio. Si escasos son y poco conocidos los pormenores de la historia de Rafael, con mayor razón los echaremos menos respecto á la Fornarina. Únicamente las tradiciones populares de Roma nos dan alguna idea de su vida.

1. Fornarina viene de *forraja*, muger de panadero.

Verdad es que se ignora su verdadero nombre, pero se sabe el barrio en que vivía. En el día aun puede verse una casita muy antigua junto á un puente, y una puerta que conduce á la *Strada Pabli*, llamada la casa Fornarina, que sirve regularmente para tienda de panadero. En una tablilla de mármol ó tal vez de otra piedra, se ven grabadas las palabras italianas que acabamos de citar, y parece probable que este antiguo edificio fué en otro tiempo habitado por la querida de Rafael. Esta casa se halla situada en una calle desierta y perdida, por decirlo así, en medio de uno de los barrios menos frecuentados de Roma. Así es que la multitud de viajeros que visitan los monumentos y curiosidades de la ciudad eterna, y que solo andan á caza de distracciones, se abstienen de visitar aquellas ruinas cuya existencia, se ignora generalmente. Se encuentran no obstante algunas veces, caminando por aquellas desiertas calles, algunos viajeros graves y silenciosos, de semblante extranjero; estos regularmente son estudiantes de Alemania que acuden á cumplir una peregrinación voluntaria en el lugar donde reviven aun los recuerdos del gran maestro romano. Sin duda lo hacen por que allí, en aquel mismo lugar, *Rafael Sancio de Urbino* jóven y dotado ya de sumo talento en el año de gracia de 1508, vió por la primera vez yendo á casa del rico banquero Ageltino Chigi, para quien hermozeaba con sus pinturas una capilla doméstica, vió, repetimos, á la Fornarina en la tienda de su padre. Rafael olvidó entonces por un momento sus no acabadas pinturas al fresco, y sus bosquejos empezados, á pesar de los buenos avisos y amigables reconvencciones de su protector. Las visitas que por las mañanas hacia el jóven pintor en la tienda del panadero llegaron á ser tan frecuentes y tan prolongadas que perjudicaban seriamente el progreso de su obra, ya tan adelantada, y conocida despues con el nombre *Stame di Rafael*. Ageltino Chigi sentia vivamente que Rafael abandonase la capilla de cuya decoracion le habia encargado. El anciano banquero, ansioso de ver concluidos los admirables esbogos del jóven artista, no halló medio mas á propósito para atraerle á su taller que el incitar á la hermosa hija del panadero á que fuese á habitar su palacio. Así lo verificó ella; y desde entonces el maestro, ebrio de amor, continuó sin interrupcion sus trabajos principiados. Desde aquel momento, la Fornarina, como que estuviere prendida á Rafael, no se apartó de él hasta la muerte. Rafael no podia vivir separado de ella, en términos que llegó hasta traerla consigo al palacio del papa. Cuando hacia las célebres pinturas al fresco en el Vaticano, se le viera allí, como en el palacio de Chigi, al lado de su inseparable querida la Fornarina; porque esta era el genio inspirador de sus estudios y de los rasgos sublimes de su admirable pincel. El papa, segun se deja presumir, no miraba de buen grado la pasion del pintor por la hija del panadero, disgustándole sobre manera la presencia de esta jóven en el Vaticano. Llegó un día á probar el desviarla de allí; pero su tentativa no tuvo éxito. Todos los días solia el papa visitar á Rafael para ver los nuevos diseños y progresos de sus pinturas, y todos los días encontraba al lado del pintor á su bella señora, á su constante y fiel compañera, á la Fornarina. — «¿Quién es esta muger?» le dice un día el papa con mal gesto y el amargo tono que no podia disimular. — «Si vuestra santidad tiene á bien permítmelo, contestó Rafael con el entusiasmo de su amor, le responderé que *ella es mis ojos*.» A estas palabras el papa enmudeció, y la Fornarina continuó siendo el alma encarnada del artista.

El mundo con el espíritu de injusticia que le caracteriza, ha tiznado la memoria de la Fornarina, cargando sobre la cabeza de esta sola muger todo el peso de la desgracia que precipitó á Rafael á la tumba en el vigor de su edad y en la pujanza de su talento.

El abuso de los placeres causaria la catástrofe que ha privado al mundo de las obras maestras que con razon po-

dian esperarse del pintor de Urbino, quien, ya en la primavera de su vida, habia dado tan gloriosas esperanzas para el porvenir. Un día al entrar en su casa sintiose acometido de una violenta calentura, cuya causa no quiso manifestar; y á pesar de haberle sangrado, agravóse el mal. Cuando Rafael conoció que su existencia tocaba á su término, apartó de sí á Fornarina, y en sus disposiciones testamentarias le aseguró una honrosa subsistencia. Poco despues murió, y su muerte, cual una calamidad pública, fué acompañada de un luto general. Baltasar Castiglione el amigo del pintor decia en su afliccion: «Me hallo en Roma, pero me parece que no estoy en ella desde que mi pobre Rafael no existe!» *Ma non mi pare esser á Roma, perché non vi é piu il mio poveretto Raffaello!* El mismo Leon X vertió lágrimas por la pérdida del gran pintor.

Triste es por cierto la historia de estos hombres, ingenios peregrinos, cuya frente se vé ya en la flor de su juventud coronada con la resplandeciente aureola de la gloria. Espera uno entonces verlos llegar con la edad á una perfeccion infinita, verlos encumbrarse por las regiones no conocidas aun de otros ingenios. ¡Vana esperanza! Deslumbran al mundo con un subito resplandor, semejantes á aquellos meteoros que de vez en cuando aparecen por el aire; pero ¡ay! desvanécese aquella efímera brillantez desapareciendo en un momento.

Echese una ojeada á los anales de la música, esta hermana de la pintura, y se verá á Mozar y á Weber resplandecer y desvanecerse como Rafael. ¡Cuántos hombres esclarecidos no hallárimos tambien en la historia de la literatura, que han sido victimas de tan aciago destino! Prolijo seria recordar aqui todos estos claros ingenios que dotados de tan poderosas facultades, han eclipsado el resplandor decuantos les rodeaban. Conceptos vivificantes, robustas creaciones, afanes de un espíritu lleno de ardor y fantasia, que parecen exigir una larga existencia, cuajan apenas el espacio de algunos ricos en gloria, es verdad, pero calenturientos y devoradores. Un espíritu harto fogoso disipa muy en breve toda su robustez y energia en menoscabo del cuerpo. El equilibrio indispensable entre las facultades físicas é intelectuales, el *meus sano in corpore sano* se destruye para siempre, y la vida se estingue de repente en medio de los mas sublimes conatos. Esos hombres viven demasiado para vivir mucho tiempo.

De este modo han desaparecido muchos ingenios consumidos por un exceso de actividad: de este modo murió Rafael. Ya que no es dado pues atribuir su prematura muerte á otras causas que las que acabamos de consignar ¿á qué obstinarse en deshonrar la memoria de su adorada Fornarina? Dejemos ya de achacar á ella sola la fatal catástrofe que privó al mundo de una de sus mas bellas organizaciones. Si esto no obstante, el severo moralista niega su simpatía á la hermosa idolatrada del pintor de Urbino, guárdese al menos por respeto del hombre que la rodeó con tanto amor y que la amparó con su gloria, de maldecir su nombre; y cuando vea algun vivo recuerdo de la hermosura de esta muger en el puro y casto diseño de una madona del pintor, perdone con aquel impulso benévolo del poeta que dijo: «Si observais en ella algunas imperfecciones, mirad su rostro, y olvidadlas todas.»

*It to her share some imperfections fall,
Look in hes face, and then forret them all,*

Despues de la muerte de Rafael, no ha quedado vestigio alguno histórico ó tradicional sobre la suerte de Fornarina. En Roma sin embargo se ha creído siempre que casó con Julio Romano, el alumno predilecto del grande artista. Habrá sin duda contribuido á generalizar esta opinion la admirable similitud que se nota en las figuras pintadas por el maestro y el discípulo, pero el carácter de las mugeres de Julio Romano no se distingue

esclusivamente por las maneras y estilo de este último, pues ambos se notan en la mayor parte de las obras pertenecientes á la escuela de Rafael. Así que solo hay que ver en esta semejanza el ascendiente que el maestro ha ejercido sobre el numen y los conceptos de sus contemporáneos, ascendiente legítimo y que en nada disminuye la gloria de los que á él se han sujetado, porque no debemos confundirlo con aquel espíritu de remedo servil, propio solamente del plagio. He aquí porque en el día vemos tantos retratos en muchas galerías, que son reputados por los de Fornarina. Así fué como el amor de un hombre esclarecido inmortalizó la hermosura de una me-

ra hija del pueblo: ¡extraño capricho de la fortuna que ha dispuesto que la imágen de una muger sin nombre, humilde vástago de una raza plebeya, habitante de un barrio ignorado y desierto, fuese para siempre el adorno de los palacios y de los templos, la vista mas alhagüeña de los príncipes y de los pontífices, el júbilo y el orgullo de los artistas! ¡Cuántas señoras de ilustre alcurnia, esposas de reyes ó sobrinas de papas, acostumbradas á la magnificencia de las cortes, han envidiado el brillante papel que la suerte ha deparado á la modesta Fornarina, que tuvo un Rafael para hacerse retratar y generaciones que la admiraran!!....

GLORIAS DE ESPAÑA.

LA MUERTE DE ALMANZOR.

I.



pocas tan funestas como calamitosas se han conocido en la historia de España, en las que los monarcas reinantes en este favorecido país, lejos de proseguir con empeño su objeto principal, que era lanzar á los infieles de la península, volvieron unos contra otros las espadas que habian de esgrimir contra el com-

mun enemigo de la cristiandad. Ejemplo lamentable y suficiente á probar, que á veces los odios hereditarios y las pretensiones ambiciosas se sobreponen al bien público y al interés general de la patria.

Una de estas tristes épocas fué el último tercio del siglo X, en el que dos poderosos rivales, dos altivos competidores se disputaban el reino de Leon. Bermudo II elegido por los condes de Galicia en perjuicio y para menoscabar el poder del jóven don Ramiro III, se atrevió á disputar á este sus derechos en batalla campal, consiguiendo al fin consolidar su poder, aunque para ello estuvo á pique de arruinar la monarquía. Estas circunstancias son las que explican la prosperidad y engrandecimiento á que por entonces habian llegado los árabes en España. Hishchem, el indolente califa de Córdoba, cuya vida fué por decirlo así una perpetua memoria, tuvo sin embargo, la fortuna de que todo el peso del imperio descansase sobre los hombros de Mahomed-Ben-Aby-Ahmer, llamado despues Almanzor por sus esclarecidos triunfos. Durante veinte años fué este hombre memorable el terror de la España cristiana, y muy particularmente de los campos de Castilla, mas espuestos á las invasiones de las huestes del Islam. Verificábanse estas periódicamente en la primavera y en el otoño, y Almanzor volvía siempre victorioso á Córdoba, conduciendo un gran número de cautivos y riquísimos despojos de los países cristianos donde habia esparcido el terror y la muerte.

Difícil sería seguir circunstanciadamente al intrépido Almanzor en sus belicosas empresas y detallar todas las

campañas que engrandecieron su nombre á espensas de la funesta division que en los cristianos reinaba. Desde el año de 984, ya hizo sus huestes formidables con la conquista de Gormaz, de Astorga y de Leon, y poco despues con las de Simancas y de Sepúlveda. En 987 se adelantó hasta Coimbra, cuya ciudad dismanteló para reedificarla años despues, porque es de advertir, que obligado Almanzor por las costumbres y táctica militar de los árabes á volver todos los años hácia Córdoba, así que espiraba el tiempo prefijado á su expedicion, volvian fácilmente los cristianos á recobrar sus posesiones, para perderlas otra vez á el año siguiente. En la campaña de 989 se hizo Almanzor dueño de Atienza, de Osuna, de Montemayor y de otras plazas á las que siguieron en años posteriores, San Esteban, Coruña del Conde y Aguilar. En una de estas escursiones y cuando á la entrada del invierno se retiraba triunfante hácia Córdoba, osaron los cristianos atajarle el paso en ciertos desfiladeros de las montañas, donde la aspereza del terreno podia suplir con ventaja el número de los combatientes, y donde los musulmanes habian de perecer á millares, si es que habian de cruzar la sierra. El prudente Almanzor detubo sus huestes, mandó establecer sus reales en el valle y para revelar cual era su resolucion, dispuso se sembraran todas las tierras comarcanas, dando muestras de esperar hasta la recoleccion de la cosecha. Los cristianos á quienes era intolerable el invernar en la sierra y que veían sus campañas devastadas por el enemigo, no solo le franquearon el paso sino que para que mas pronto levantase el campo le abonaron el valor de la futura cosecha.

Cuando ya era Almanzor dueño de casi todo el condado de Castilla y del reino de Leon, dirigió sus invencibles huestes hácia Cataluña, donde habiendo vencido y desbaratado al conde Borrell que osó salir al frente, se apoderó de la opulenta Barcelona. Por la parte de Galicia su triunfo mas memorable fué el asalto y saqueo de Santiago de Compostela. Entre los infinitos y ricos despojos con que Almanzor solemnizó su entrada triunfante en Córdoba, llamaban extraordinariamente la atencion unas colosales campanas, traídas desde Santiago hasta Córdoba en hombros de los infelices cautivos cristianos. Estas campanas fueron colocadas boca arriba en la suntuosa mezquita de Córdoba, para que sirviendo de enormes lámparas iluminasen aquel anchuroso recinto durante las oraciones de la noche, y así permanecieron hasta los tiempos del Santo rey don Fernando, el que despues de la conquista de Córdoba, hizo volver las campanas á su primitivo sitio en hombros de los cautivos musulmanes.

Pareció llegado el momento infausto en que los restos

de las cristianas monarquías pereciesen á impulsos de tan repetidos ataques ó fuesen á guarecerse en aquellas recónditas montañas que fueron la cuna de su independencia, y sin embargo, entonces fué cuando mas animosa se presentó la España á defender su religion y sus libertades, como si fuese característico en esta nacion magnánima el no levantarse unida y resuelta como un hombre solo á la defensa de tan sagrados objetos, hasta que todo el mundo cree que han de ser inútiles é impotentes sus esfuerzos. La constancia admirable con que algunos pueblos, particularmente los sujetos al conde de Castilla habian resistido á tantos embates de los infieles, era un indicio de lo que podia esperarse de estos esfuerzos aislados, luego que un interes general los estimulase y dirigiese.

El peligro comun habia cimentado por fin la union tan deseada, y á las esforzadas huestes de Asturias, de Galicia y de Leon, se unieron las de Castilla y de Navarra, componiendo entre todas el ejército mas formidable que hasta entonces se habia presentado al frente del temido Almanzor. Grande fué la sorpresa de este guerrero, cuando en la invasion del año de 1002, al llegar al valle de Calatañazor, cerca del nacimiento del Duero, vió cubierta la campiña por aquellas huestes formidables que nunca lograba esterminar. Su crecido número le hizo conocer que la batalla sería tan sangrienta como reñida; pero lo que le impuso, á pesar de su serenidad imperturbable, lo que le hizo convencerse de que la jornada seria decisiva, fué el advertir que ya se habia verificado entre los cristianos aquella union que él tanto temia y detestaba. Efectivamente, en los estandartes de Leon, de Castilla y de Navarra, ademas de sus respectivos blasones, se distinguian claramente tres manos unidas y ensangrentadas, y por bajo de ellas esta concisa y enérgica inscripcion: *Las tres son una.*

II

Costumbre antiquísima era entre los árabes el empezar todas sus batallas con algunos desafios particulares en que los mas valientes ó los mas temerarios de ambos ejércitos contrapuestos, salian al frente de las filas y haciendo alarde de su valor, estimulaban con los sucesos prósperos ó adversos de su contienda el ardor general de los que ansiaban lanzarse á la pelea. Entre tanto los capitanes de uno y otro bando ordenaban los escuadrones, recorrían las filas y arengaban á los soldados. Pasados los primeros encuentros parciales, los árabes fueron los primeros en acometer. Apenas el sumo caudillo Alhagib-Almanzor, dió el acostumbrado grito de guerra ¡Dios es grande! cuando empezaron á obscurecer el aire con sus flechas, atronándole con su espantosa gritería, á la que se agregaba el estrépito de los tambores, trompetas é instrumentos bélicos de uno y otro campo, cuyos ecos reproducian los montes inmediatos. El primer ataque de los árabes arrolló facilmente la vanguardia del ejército cristiano, la que replegándose, hacia el centro, logró rehacerse, y unidas todas las tropas empezó el combate en toda la línea con igualdad y encarnizamiento. Los gefes y adalides del ejército cristiano animaban á los guerreros de las diferentes provincias escitando su emulacion y revolvián por todas partes en sus arrogantes caballos de batalla. Distinguíase entre todos ellos un esforzado caballero de resplandeciente armadura y vistoso penacho, el que blandiendo como si fuese un junco una ponderosa lanza, animaba á los suyos al combate y abriendo ancho boquete en las compactas filas enemigas, los llevaba á los puntos de mayor peligro. Era este el inclito conde de Castilla, el animoso don Garcia, que con su ejemplo mas que con sus palabras sabia comunicar á sus soldados el ardor que le animaba.

Entre tanto el principal promovedor de aquella empresa, el rey don Bermudo de Leon, yacia postrado en su tienda á impulso del dolor causado por aquella dolencia que le ha perpetuado en la historia con el nombre de *el gotoso*. No era tanto el dolor físico lo que le atormentaba, como la inquietud y agitacion de su animo por el resultado de la batalla. Varias veces quiso ponerse en pié para ir al sitio del combate, y sus dolencias y las reconvenções de las personas que le rodeaban le hicieron desistir de su empeño; pero cuando le trajeron la noticia de que arrollada la vanguardia de su ejército, empezaba tambien á desordenarse el centro, y creyó que esta circunstancia podria comprometer el resultado de la batalla sostenida entonces con el mayor empeño, ya no fué dueño de sí mismo. En vano le decian que ni era necesario ni prudente que arriesgase su persona real.

—Yo no soy aquí mas que el primer soldado, esclamaba, y mandando que le subiesen en unas andas, se hizo conducir al sitio donde creyó que los suyos flaqueaban. Los soldados á vista del inesperado arrojó de su rey, comprenden que ha llegado el momento de hacer el último esfuerzo, y lanzándose como tigres, despedazan sin piedad á los enemigos y empiezan á decidir la victoria. ¿Qué no son capaces de hacer los soldados españoles, cuando confían en que su Dios los protege y están seguros de que su rey los mira?

En vano Almanzor, asombrado de tanta resistencia, envia contra los cristianos á sus mejores ginetes. Los escuadrones de árabes, andaluces y africanos, vienen á competencia, estremeciendo la campiña y levantando inmensa polvareda, á caer inutilmente sobre aquellos hombres de hierro, á la manera que las olas del mar, sucediéndose con rapidez, vienen á estrellarse en alguna roca inmóvil y compacta. Los pocos guerreros cristianos que, cercados de infieles por todas partes, pierden la esperanza de ser socorridos, hincan serenamente la rodilla y encomendándose á sus santos tutelares, reciben gustosos la muerte antes que rendirse. Cuadro magnífico á la par que terrible, que impone á los mismos árabes, porque les revela que sus indomables enemigos son otros tantos mártires prontos á sacrificarse en las aras de la religion y del honor.

Almanzor que quiere romper á toda costa por entre las huestes coligadas contra él, cae herido del caballo que se rinde al mismo tiempo atravesado por las lanzas. Este suceso infunde algun desaliento á los árabes, que creen muerto á su caudillo; pero este que calcula lo que podrá suceder, salta ligero sobre otro alazan y blandiendo su centelleante cimitarra, grita desafortadamente:

—¡No estoy muerto, no, aquí estoy, soldados, vedme aquí!

Para que no les quede duda, se arranca y estrella contra el suelo el ancho turbante con casquete de acero que cubre y defiende su cabeza, y furioso al ver los progresos que van haciendo los cristianos, se lanza de nuevo contra ellos. Los árabes, viendo á su gefe herido y con la cabeza desnuda en medio de los enemigos se arrojan á sostenerle. Almanzor no es ya aquel prudente caudillo cuyo valor corre parejas con la prudencia, solo es ya el hombre ciego de cólera y de despecho que vé le arrebatan el fruto de tantas victorias y que marchitan de una vez el renombre de *el victorioso* que le han valido cincuenta y tres batallas en que salió triunfante. Llama por su nombre á los principales caudillos de su ejército y aun á los valerosos soldados á quienes personalmente conoce, y aquellos hombres, al oírse llamar por su gefe, se arrojan ciegamente á busear su sepulcro. Todo es en vano, y la hora del triunfo ha llegado para las armas de la cristiandad. El anchuroso campo está cubierto de cadáveres infieles, pues se pelea sin intermision desde el romper el día y ya se acercan las sombras de la noche. Los árabes huyen por todas partes abandonando riquísimos despojos á sus vencido-

res. El mismo Almanzor, herido de nuevo, pierde el conocimiento y á duras penas pueden los suyos arrebatarle de un campo ensangrentado, que leoneses, castellanos y navarros hacen retremblar con sus gritos de victoria.

III.

La obscuridad y el profundo silencio de la noche habían sucedido á la claridad y al bélico clamor de el día: las estrellas brillaban ya en el cielo con su argentino fulgor y cuando un débil rayo de luna bajó por encima de las montañas á esparcir una dudosa claridad en el profundo valle de Vegalcorax, funesto y aterrador espectáculo era el que allí se presentaba. Allí habían ido á refugiarse en la mayor consternación los restos del ejército de Almanzor, favorecidos por las tinieblas de la noche y confiando en que el cansancio de los cristianos les impediría el que viniesen en su seguimiento. Dichoso entonces el que tendido en el polvo podía olvidar las penas de aquel día, hallando en el sueño algun deseanso; pero desgraciados de aquellos que animosos entraron por la mañana en el combate y consternados miraban entonces

la pérdida de sus ilusiones, de sus amigos, de sus riquezas y del renombre adquirido en tantas batallas. Estas azarosas circunstancias eran la causa del funebre silencio que en todo el campo reinaba, sin que fuese turbado mas que por el crugido del vendabal en los lienzos y banderolas de las tiendas, por los lamentos de los heridos y moribundos y por el fatídico vuelo de las aves de rapiña que venian á caer sobre los cadáveres de que estaba sembrado el camino.

Otra escena no menos patética se representaba entonces en el interior de una anchurosa tienda que ocupaba el centro del campamento. Allí tendido sobre un lecho, cubierto con tapetes de púrpura, se divisaba, al célebre caudillo, al poderoso Alhagib-Almanzor, pálido, desfigurado, cubierto de heridas y sin que hubiese vuelto en sí del profundo desmayo en que se hallaba, desde que sus mas leales compañeros le habían sacado moribundo del campo de batalla. Un anciano médico árabe permanecía inmóvil á la cabecera del lecho, sin abandonar un momento el pulso del herido y revelando en el abatimiento de su semblante lo grave de su situación. Los demás personajes participan de la misma inquietud y angustia y algunos prosternados junto al lecho, reve-



Muerte de Almanzor.

lan con profundos sollozos la pena que no cabe dentro de su corazón.

Un ligero movimiento del herido indica que ya vuelve de su paraismo: abre al fin los ojos y contempla fijamente á los que le rodean. No están allí, no, sus valientes capitanes, aquellos numerosos caudillos de centenares de héroes, aquellos leales compañeros que antes y despues de la batalla concurrían á su tienda para recibir sus órdenes y congratularse con él. Muy pocos son los que entonces se ofrecen á su vista y aun esos tan abatidos, cubiertos de sangre y con las armas tan destrozadas, que Almanzor comprende en toda su extensión la inmensa pérdida que acaba de sufrir. Hace un esfuerzo para incorporarse, esfuerzo inútil que no puede menos de agravar su situación, por lo que el médico, esforzándose á calmarle, le dice:

—Sosegaos, señor, todo movimiento ahora os seria funesto.

—¿Dónde están, contesta, mis valientes capitanes? Yo quiero verlos...¿Cómo no vienen á mi presencia?

El médico, temiendo las consecuencias de una funesta revelacion, no se atreve á contestar y Almanzor esclama:

—¡Han muerto! No me ocultes la verdad.

Despues volviéndose á uno de los principales caudillos que su lecho rodeaban, le dice:

—¿Dónde están Ahmed y Abusaid, dónde mi fiel Abdalá y mi valeroso Ben-Zeir.

Tan acostumbrado estaba el árabe á obedecer la voz de su general, que no se atrevió á guardar el silencio; pero la voz espiró en sus labios al tiempo de contestar y no hizo mas que extender tristemente el brazo hácia el lejano campo de batalla.

—Ah! exclamó Almanzor. ¡Han muerto!..... Han muer-

to como valientes peleando por la patria..... yo no les sobreviviré.

Entonces á favor de un movimiento imprevisto, instantaneo como un relámpago, rasga, despedaza los vendajes que cubren y protegen sus heridas, la sangre brota nuevamente de ellas y Almanzor espira convulsivamente en los brazos de su médico, que lanzando un grito de terror acudió en vano á contenerle.

Tal fué el fin del gran político, del eminente guerrero, del generoso Almanzor, del leal vasallo de Hishem, el imbecil rey de Córdoba, cuyo reino engrandeció sin consentir nunca en usurparle la corona con que le brindaban, como mil veces mas digno de ornar con ella su frente. Los árabes que miraban en Almanzor no solo el tipo perfecto y acabado de su linage, sino el baluarte mas poderoso de su nacion sintieron entrañablemente su pérdida, y entre los mismos cristianos no faltaban algunos que recordaban las heroicas acciones del caudillo árabe y pagaban justo tributo á sus prendas.

Poco tiempo despues de estos sucesos, entraba con gran pompa en Medina-Selim, el ataud en que yacían los restos de Almanzor, envueltos en el polvo glorioso de sus batallas, polvo mezclado con aromas y cuidadosamente recogido en todos los campos de batalla en que habia quedado vencedor. Tributáronse en sus exequias honores desconocidos hasta entonces en las costumbres del pueblo musulman y todo el ejército con los emblemas del luto siguió el féretro de su general, su padre y su defensor. Este universal sentimiento hacia notable contraste con el regocijo del pueblo cristiano que miraba la muerte de Almanzor como la prenda mas segura de la decadencia y de la ruina del imperio árabe.

FRANCISCO FERNANDEZ VILLABRILLE.

ESTUDIOS HISTORICOS.

PORMENORES SOBRE LA BATALLA DE PAVIA.

Y PRISION

DEL REY DE FRANCIA FRANCISCO I.

(Conclusion).

IV.

Grande era en aquel momento el furor y desesperacion de Francisco I, su valor, su orgullo, lo mucho que habia blasonado de una empresa que tan mal éxito tenia todo en fin le estimulaba á buscar la muerte entre las lanzas enemigas, aunque resuelto á vender cara una vida que en aquel momento le era odiosa. Mas reflexionando que nada adelantaba con su sacrificio, y acordándose de que era el monarca de una nacion fuerte y poderosa, y que algun dia podria tomar cumplida venganza de sus enemigos, trató de salvar su vida apelando á la velocidad de su caballo. Seguia á todoescape el camino de la puente del Tesin, pero tuvo la desgracia de que un arcabucero le apuntase con tanto acierto que le hirió el caballo de muerte. Iba en su alcance un hombre de armas de la compania de don Diego de Mendoza, natural de Hernani, llamado Juanes de Urbieta, y cuando iba á acom-

terle, el caballo del rey cayó al suelo cogiéndole una pierna debajo. Al momento el soldado se arrojó sobre el monarca intimándole la rendicion, y poniéndole la punta del estoque á un costado, por entre las escotaduras de las armas. *La vida:* exclamó Francisco I, *que soy el rey y me rindo al emperador Carlos V (1).*

(1) Robertson cuenta de muy distinto modo la prision de Francisco I. El, (dice), no peleaba ya por el honor ó por la victoria, sino por su propia vida. Debilitado por una multitud de heridas que habia recibido, y perdido su caballo, aun se defendia á pié con un valor heroico. Muchos de sus valientes oficiales se habian apiñado en derredor suyo, que sucesivamente perecieron haciendo esfuerzos increíbles por salvar la vida de su rey aun á costa de la suya. De este número fué Pannivet causa de esta gran calamidad, cuya sola muerte no fué sentida. El rey abatido por tanta fatiga, y sin poder defenderse por mas tiempo, se halló casi solo espuesto á todo el furor de algunos soldados españoles, irritados con la tenaz resistencia de este guerrero, cuyo rango no conocian. Llegó en este momento L'orperant, noble francés que habia entrado con Poillon al servicio del emperador, y colocándose al lado de aquel monarca contra quien se habia sublevado, le protegía contra la violencia de los soldados, intimándole al mismo tiempo, que se rindiese al duque de Poillon que estaba cerca. Francisco I, á pesar de la desgracia que por todas partes le rodeaba, reclinó con indignación, hasta la idea de una accion, que seria un triunfo para su vasallo rebelde; mas habiendo alcanzado á ver á L'roy, que por casualidad se hallaba cer-

En este momento un ruido de armas y pelea muy cercano llamó la atención de Urbietta que volviendo la cabeza vió á su alfez en grave peligro, cercado por algunos franceses que querían quitarle la bandera. El leal y valiente guipuzcoano dijo entonces á su augusto prisionero: Si vos sois el rey de Francia otorgadme una merced. Os la prometo, contestó el monarca.—Pues por esta señal me conoceréis, y alzando la visera del almete le mostró que le faltaban dos dientes delanteros en la parte superior, y sin pedir mas prenda, dejó al rey tendido en el suelo como le había hallado, y voló al socorro de su alfez, á quien libró de tan inminente peligro.

Mientras Urbietta como buen soldado peleaba al lado de su alfez, y libraba su bandera, llegó al rey otro hombre de armas granadino llamado Diego de Avila á intimarle la rendición. *Soy el rey (le dijo) y estoy rendido al emperador.* Pero informado Avila de que no había dado gage se lo pidió y Francisco I le dió el estoque, que estaba muy manchado de sangre, y una manopla. Entonces procuró sacarle de debajo del caballo, á lo que le ayudó un soldado gallego llamado Pita, el cual quitó al rey el collar de la orden de San Miguel, y aunque el monarca le ofreció 6,000 ducados por él, no quiso devolvérselo, sino llevárselo al emperador. Ya á este tiempo habían acudido allí muchos soldados de caballería é infantería, que disputaban con calor sobre si era ó no el rey, y aun algunos arcabuceros querían matarle no conociéndole; y tal vez lo hubieran hecho, si Mr. de la Mota, deudo y amigo del duque de Borbon que llegó en este momento, no se hubiera arrojado á sus pies para besar su real mano. El rey le levantó diciéndole: *os ruego hagais como quien siempre habeis sido.* El caballero francés le tranquilizó acerca de la seguridad de su persona, y los soldados que ya se habían apaciguado cambiaron su furor en compasión y respeto. Diego de Avila le quitó el almete, y al limpiarse el monarca el sudor con la mano que tenía ensangrentada, se manchó el rostro, lo cual hizo al pronto ereer que estaba herido. Mas no era así, sino que estaba bueno, y en tan duro trance con tanta tranquilidad y presencia de ánimo, que se reía de ver el afán de los soldados por llevar alguna señal de su prision, tomándole unos las plumas del almete, otros la bandereta, y los que mas no podían le cortaban pedazos del vestido, en términos que desapareció el rico sayo que cubría su armadura.

Mientras pasaba esta escena con el rey, los tercios imperiales acuchillaban por todas partes á los enemigos á quienes acabó de aturdir la noticia de la prision del monarca. Mas de diez mil hombres perdieron la vida en esta sangrienta batalla tan fatal para los franceses, y los demas fueron hechos prisioneros, excepto unos pocos que estaban con el capitán Guevara, que viendo ya cerca á los españoles cortó el puente, y dirigiéndose á Turin logró entrar en Francia: y otra pequeña division de la retaguardia que al mando del duque de Alenzon se dirigió á Vigeven. Los esguizaros y frantopines acosados por los españoles se precipitaron en el Tesin donde muchísimos se ahogaron.

También fué hecho prisionero el príncipe don Enrique de Navarra, por tres soldados llamados Rui Gomez, Cristoval de Cortesia y Juan Pernia. El marqués de Pescara quiso tener en su poder la persona de este príncipe y dió á dichos soldados por su rescate, al contado tres mil florines de oro, y obligándose despues con escritura pública á dar á cierto plazo otros tres mil.

Dejando Pescara la persona de don Enrique asegurada,

ca de él, le llamó y le entregó su espada. Lanoy hincado de rodillas para besar la mano al rey, tomó su espada con profundo respeto, y desvainando la suya se la presentó diciéndole, que no era justo que un tan gran monarca permaneciese desarmado en presencia de un vasallo del emperador.

fué con parte de sus tropas hácia Pavia en cuyas inmediaciones aun se peleaba, pero á su llegada los italianos se pusieron en huida, y sus soldados unidos á la guarnición de Pavia se apoderaron del campo francés. Los infelices vencidos poseídos de un terror pánico, no querían atender á las voces de los imperiales que los perseguían intimándoles la rendición, y prometiéndoles la vida y buen tratamiento, pero la mayor parte eran inhumanamente, sacrificados por el paisanage, que con la codicia del robo habían acudido de todas las inmediaciones, con tal codicia que hasta algunas mugeres se veían en el campo de batalla despojando á los muertos y heridos. También muchos de la nobleza de Francia, que ya estaban en salvo, ó que fácilmente pudieran salvarse, volvieron al campamento, y voluntariamente se entregaron prisioneros, no queriendo quedar ellos libres estando su rey cautivo.

Uno de los primeros gefes que tuvo noticia de la prision del rey fué el marqués de Pescara, que corrió allá al momento. Antes de llegar se apeó, é hincadas ambas rodillas, le pidió á besar su real mano. Francisco I echándole ambas manos sobre los hombros lo levantó lleno de amabilidad, diciéndole: *Marqués, bien sabeis lo que á caballeros vencedores cumple, ruegos pues, hagais que se trate con piedad á los vencidos.* El marqués se conmovió al oír de boca de un monarca tan poderoso una súplica tan generosa y con lágrimas en los ojos le contestó: *V. M. R. puede estar muy tranquilo sobre esto, pues yo aseguro, que la nacion española es tan piadosa, que aun de las muertes ya causadas le pesa; y de los soldados presos yo me encargo de hacerles buen tratamiento y darles libertad.* El rey con una sonrisa é inclinacion de cabeza, manifestó cuanto agradecía aquel lenguaje noble y caballeroso.

Sucesivamente fueron llegando el virey de Nápoles, Hernando de Alarcon y otros muchos caballeros y todos hincaban la rodilla para besar la mano del monarca vencido, que los recibia con dignidad y alegría dirigiéndoles algunas palabras amistosas, señaladamente al marqués del Vasto, cuya gallarda y bien puesta figura gustó mucho al rey, y le dijo: *mucho he deseado veros, marqués, pero no quisiera se hubiese cumplido mi deseo así, sino en ocasion que yo pudiera hacerlos la honra que vuestra persona merece.* A lo que contestó el del Vasto: *Señor, doy gracias á V. M. por tanta honra; mas bien puedo yo decir que se cumplió mejor mi deseo, pues veo á V. M. en poder del emperador, mi señor.*

Quando el atribulado monarca perdió su presencia de ánimo, y no pudo disimlar su extraordinaria turbacion, fué al ver que se acercaba el duque de Borbon, que venia levantada la visera, empuñado el estoque ensangrentado, y llena su camisa y armas de manchas que mostraban bien su valor. Francisco I retrocedió algunos pasos hasta colocarse detrás de Pescara, pero este que conoció la emocion violenta que causaba en el rey la presencia de su vasallo rebelde, se adelantó hácia el duque, le hizo envainar el estoque, y que apeándose hincase la rodilla ante el monarca para besarle la mano. El rey la retiró y no quiso dársela á besar, y entonces el duque bañados sus ojos en lágrimas le dijo: *Si mi parecer en algunas cosas hubiera tomado V. M. ni se viera en la necesidad que al presente está, ni la sangre de la nobleza de Francia andubiera tan derramada y pisada por los campos de Italia.* El rey por única contestacion levantando los ojos al cielo y exalando un profundo suspiro exclamó: *Paciencia pues ventura falta.*

El generoso marqués de Pescara queriendo terminar aquella escena desagradable, dió al monarca un sombrero del virey para que cubriese su cabeza y un caballo para que montase. El mismo Francisco I se quitó las espuelas y armado en blanco, sin espuelas, manoplas, ni almete, cabalgó en la direccion de Pavia, acompañado de todos los nobles imperiales que allí habían acudido.

Al pasar por frente de las tropas imperiales que se

habian reunido y formado por orden del marqués, hicieron salvas, y algunos españoles le dirigieron algunas palabras y chistes, que el monarca oía con semblante risueño, y cuya significacion le esplicaba Mr. de la Mota que iba á su lado. Pero entre todos es digna de notarse la idea de un soldado español llamado Roldan, que hizo reir al rey y á los que le acompañaban. Señor, le dijo acercándose y presentándole dos balas la una de oro y la otra de plata, *ayer, cuando supe iba á darse la batalla, preparé seis pelotas de plata para vuestros monsieures, y una de oro para vuestra alteza. Cuatro de las de plata creo fueron bien empleadas, porque no las eché sino para sayo de brocado ó carmesí. Otras muchas pelotas de plomo he tirado por ahí á gente comun; monsieures no topé mas, por eso me sobraron dos de las tuyas. La de oro veisla aquí, y agradeceadme la buena voluntad, que cierto des-aba daros la mas honrosa muerte que á principe se ha dado. Pero pues no quiso Dios que en la batalla os hubiese visto, to-*

madla para ayudar á vuestro rescate, que ocho ducados pesa una onza. » Francisco I tomándola le contestó con una sonrisa irónica: *Agradezco vuestra buena intencion y mucho mas vuestra dádiva.*

Continuaron luego su marcha en direccion á Pavia, y al descubrir una de las puertas de la ciudad, el rey que hasta entonces se manifestaba tranquilo, detuvo de repente el cuartago, en que cabalgaba y se notó en su rostro alguna turbacion. El caballero Pescara se acercó al momento á preguntarle la causa, y Francisco I sumamente conmovido le dijo: *Queridos rogar, marqués, á vos y á todos estos caballeros, que no me entreis en Pavia. ¡Por piedad, no reciba yo tamaña afrenta como será entrar prisionero en una ciudad, que no he podido tomar despues de haberla tenido cercada tanto tiempo, y con tan poderoso ejército!* Justísima pareció el marqués esta peticion, y con anuencia de los demas caballeros, condujeron al rey al monasterio de cartujos de junto á Pavia, encomendan-



Cartuja de Pavia.

do la honrosa custodia de tan gran monarca al noble caballero don Hernando de Alarcon, como gefe y principal cabeza de los españoles, á cuya intrepidez y valor se debia tan señalada victoria. Los gefes y demas del ejército imperial quedaron alojados en las tiendas que poco antes habian ocupado los franceses.

TOMO IV.

El principe don Enrique de Navarra fué encerrado en un castillo de Pavia, encargándose de su custodia y rescate el marqués del Vasto; pero logró sobornar á un criado, y por medio de él á toda la guardia, que se huyó con el logrando entrar salvo en Francia.

Imposible seria dar una idea de la alegría que en aque-

Los momentos reinaba en el campamento imperial, y muchas en la libertada ciudad de Pavia, ni calcular el abundante y rico despojo que los soldados recogieron. Por todas partes se los veia cargados con las ricas armaduras y lujosos trages de que acababan de despojar á los franceses. Se los encontraba brindando y comiendo en las bagillas de plata y ricos vasos que habian encontrado en las tiendas; y por do quier se veian caballos y acémilas cargadas con los rescates, víveres y joyas que cada uno habia podido adquirir. Cada momento llegaban pelotones de los que habian seguido el alcance, y que habian llevado su ardor hasta entrar en Milan, de donde habian arrojado á los franceses despojándolos á ellos y á sus favorecedores de todo cuanto tenian. Otros habian con igual suerte llegado hasta Vigeven, y arrojado de allí la guarnicion francesa, de modo que en ocho dias no quedó un francés libre en todo el Milanese.

Los gefes sin embargo tuvieron un disgusto que los afectó extraordinariamente. El jóven principe de Escocia que apenas contaba diez y ocho años, de hermosísimo rostro y apuesta figura, viéndolo todo perdido, trató como los demas de ponerse en salvo, y para verificarlo con mas seguridad, tomó de uno de sus pages un capote verde, cubrió con él su brillante armadura y rico sayo de brocado, y quitándose el yelmo dirigió su caballo por el camino de Vigeven. A poca distancia encontró un grupo de paisanos á quienes suplicó le diesen un guia, prometiéndole larga recompensa. Se prestó uno de ellos, y el principe por captarse su benevolencia le descubrió la nobleza de su persona, prometiéndole grande fortuna si se queria marchar con él, ó doscientos ducados en llegando á Vigeven, alargándole en señal una rica cadena y joyel de oro que llevaba pendiente de su cuello. Pero el infame y sanguinario guia le metió por un pantano, y cuando vió el caballo atascado, descargó por detrás tan tremenda cuchillada en la cabeza del principe que se la dividió hasta cerca del cuello. Este cobarde asesino se presentó al dia siguiente de la batalla preguntando por el marqués de Pescara, á quien pidió albricias por la muerte del principe de Escocia, entregándole la cadena en señal de ser cierto. Quiso el marqués oír de boca del mismo villano las circunstancias de tan sentida muerte, y cuando referia lo que acabamos de escribir, las lágrimas corrian abundantemente de los ojos de aquellos nobles caballeros, y singularmente del rey, que lo amaba entrañablemente. Apenas concluyó su relato cuando un grito unánime de indignacion condenó á aquel bárbaro asesino, á quien el marqués mandó ahorcar sobre la marcha, mientras que los caballeros fueron á buscar el cadáver, y lo condujeron al monasterio con toda la pompa posible en un campamento, y con el decoro debido á tan noble y malogrado principe.

Reunido el ejército imperial, y tomadas las disposiciones convenientes, Francisco I fué conducido á Pizzigione, ciudad de Italia en el Cremonés, en cuyo castillo, que es muy fuerte y seguro, estuvo esperando la resolucion del emperador Carlos V para quien el mismo dia de la batalla se habian despachado pliegos, de que fué portador Rodrigo de Peñalosa. Para que mas pronto llegase á España, el rey le dió salvo-conducto para pasar por Francia y carta para su augusta madre que contenia únicamente estas palabras: *Madame; tout est perdu, hors l'honneur. Madama, todo se ha perdido menos el honor.*

Al cabo de algun tiempo el emperador envió al conde de Roeux para que de su parte visitase al augusto prisionero, y le indicase las condiciones con que podría obtener su libertad. Cuando Francisco I las oyó se afectó de tal modo, que arrancando un profundo suspiro, y llevando la mano á un puñal que ceñido traia, exclamó: *De esa manera mejor seria morir rey de Francia.* La furiosa espresion de cólera con que pronunció estas palabras, alarmó á Alarcón que le quitó cortesmente el puñal, te-

meroso de que cometiese algun atentado contra su persona. Pasado aquel primer movimiento, y consideradas detenidamente todas las condiciones, se allanó á la mayor parte de ellas, y repugnó solamente las pertenecientes al ducado de Borgoña, añadiendo en cambio, que renunciaria todos los derechos que tuviese al reino de Nápoles, y otras sumamente halagüeñas para el emperador. Pero este no quiso admitir modificacion alguna en lo que exigia sobre el ducado de Borgoña, que estaba convencido de que le pertenecia; ni reconocer en el rey de Francia ningun derecho que renunciara relativo á Nápoles.

Aunque el rey de Francia volvió á hacer nuevas y mas ventajosas proposiciones, aunque llegó á ofrecer grandes sumas de dinero, nada adelantó con Carlos V que firme en su propósito, que lo que era suyo se le habia de dar sin restricciones, desoia todo lo demás. De aqui es que la prision del rey se prolongaba mas de lo que él habia creído y se comenzaban á apoderar de su ánimo la inquietud y tristeza. Viendo pues que las negociaciones por medio de los embajadores se dilataban, y oyendo ponderar á todos los que le guardaban la extraordinaria magnanimidad y generosos sentimientos del emperador, calculó que una entrevista con él seria el medio mas eficaz para arreglar definitivamente las condiciones, y conseguir la apetecida libertad. Trató pues de persuadir á Carlos de Lanoy, que en lugar de conducirlo á Nápoles, segun se le habia mandado, lo llevase á España para tratar personalmente con el emperador. Muy comprometido era para Lanoy hacer lo que el rey queria no teniendo orden del emperador, pero en fin un monarca aun vencido puede mucho, y la esperanza de grandes mercedes, y la mucha honra que de contribuir á la libertad de tal prisionero le resultaria, decidieron al virey á conducirlo á España, con tal que se le diesen las seguridades convenientes de que por parte de Francia no habria peligro alguno. A este efecto despachó el rey á su privado Montmoránis á Francia, donde la reina Luisa, gobernadora por su hijo, dió todas las seguridades que para aquel caso se requerian, con las cuales y seis galeras partió en busca del rey, á quien encontró ya en Puerto Delfin á veinte millas de Génova.

El virey de Nápoles, que tenia muchísimo interes en ocultar sus intentos al marqués de Pescara y duque de Borbon, habia esparcido la voz de que segun la orden del emperador queria conducir al rey á Nápoles por mar, mas luego que salió del puerto escoltado por diez y siete galeras, en que iba muy buena guarnicion de españoles, mandó tomar el rumbo de España. Los vientos los condujeron muy cerca de las costas de Francia, y el corazon de Francisco I latió violentamente á la vista de su reino, que por entonces no podia pisar, y donde habia imaginado volver coronado de frondosos laureles. Continuaron felizmente su navegacion hasta desembarcar en el puerto de Palamós, desde donde á mediados de junio de 1525, pasaron á Barcelona.

En esta ciudad le recibieron al desembarcar con mucha solemnidad y grandes salvas; y el virey dió desde allí cuenta al emperador de la llegada del rey á España, y de los motivos que le habian impulsado á dar este paso sin su consentimiento. Estraña pareció á Carlos V la venida del rey de Francia, de que ninguna noticia tenia, mas sea que le convenciesen las razones del virey, ó que esta venida estuviese conforme con sus miras políticas, no manifestó enojo alguno, y al instante dió comision al obispo de Avila don fray Francisco Ruiz para que con otros muchos caballeros fuese á recibir al monarca prisionero, le diese el parabien de su buena venida, y le acompañasen hasta la corte, donde le veria personalmente.

Mientras esta comision se disponia, Lanoy se hizo á la vela desde Barcelona, y condujo al rey á Valencia, donde fué recibido cual convenia á la calidad de tan augusta persona. Mas no se detuvo en dicha ciudad, sino que lo condujeron al castillo de Benisanó, distante de la

ciudad como mas dos leguas. Cada momento, cada dia que se dilataba la entrevista con el emperador era para Francisco I un nuevo motivo de disgusto, y el temor y la desconfianza se iban apoderando de su ánimo varonil. Sin duda para espresar los sentimientos de su corazón, ó para buscar algun desahogo, escribió por su propia mano durante su permanencia en el castillo de Benisano unos versos, que nos ha conservado el doctor Pedro Frago en una carta que dirigió al marqués de Cortes, fecha en Valencia á 27 de febrero de 1530, en la cual los traduce é interpreta. Los versos segun se leen en dicha carta autógrafa, que tenemos á la vista son los siguientes (1):

DEUL: POUR: VOULVIR: ESTRANGE: ESPERIANSE:
A CEULX: QUI NONT: PAOUR: PLESIR: QUE SPERANSE:
PLUS EST: MA FIN.

y Pedro Frago los traduce literalmente en esta forma: *Duelo por querer extraño; experiencia á los que no tienen temor, placer, ¿qué esperanza mas hay? Mi fin.*

Aunque los versos parece estar escritos con algunas faltas de ortografía, y la version no nos parece muy clara, sin embargo no hemos querido alterar en nada el texto de la carta citada, que creemos inédita, ni tampoco de la interpretación de los citados versos, que es como sigue.

«Esta composicion tiene tres partes, sin embargo que como la escribió el rey Francisco con tanta alteracion como tenia en verse así preso, ella está algo confusa, porque cada dición está entre dos puntos, de manera que no hay coma ni miembro distinto, por donde se dá á entender, cuan grande sería la fortuna y tempestad que habria en el mar de su espíritu y corazón generosísimo. La primera de ellas es, *Duelo por querer extraño*: como si dijera, comunmente resulta ó suele acontecer duelo y trabajo, por querer el hombre seguir el ímpetu de su desapoderado apetito, que el rey en su escrito llama querer extraño. La segunda parte ó proposicion es, *experiencia á los que no tienen temor, placer*; como si dijera, averiguada cosa es que el que no tiene experiencia de negocios, ni ha sido escarmentado por reverses de los casos humanos tan falaces, huelga y desea experimentar cosas arduas y peligrosas, como en esta mi jornada á mi me ha acontecido, que por vengarme y perseguir al emperador Carlos V me he querido ocupar en esta empresa, con desapoderamiento de espíritu y poca consideracion de lo que me podia acontecer arribando mi persona y todo mi estado, por no sé que vana esperanza, que yo mismo á mi me prometia. La tercera es una conclusion interrogativa, aunque segun la escribe el rey, no se señala la interrogacion, que se infiere de los dos apothegmas, que son dos breves y sentenciosas proposiciones arriba declaradas; y muestra ser esta conclusion llena de angustia y tribulacion que dice: *¿Qué esperanza mas hay?* Despues se responde él mismo diciendo: *mi fin*; como si dijera, pues es tanta mi desgracia que siendo yo rey de Francia, mis enemigos me han cautivado por mi temeridad, ¿qué esperanza me resta ó puedo yo tener, sino que he de estar preso en su tierra, y subiecto á lo que querrá hacer de mi mi enemigo vencedor? Y así entiendo ser mi fin verme puesto en necesidad, ó de vivir amenguado viéndome desposeido de mi reino y de los míos, ó de morir afrentosamente.»

De todos modos el genio vivo é ímpetuoso del rey se hallaba muy mortificado, y pasaba dias muy poco gratos en Benisano, hasta que tuvieron noticia, de que los comisionados del emperador habian llegado á Requena. Partieron para dicho punto, y unidos á la comision se dirigieron á Madrid por Guadalajara, donde el duque del

Infantado le hizo un recibimiento tan sorprendente, y le hospedó con tanto lujo y profusion, que Francisco I quedó sumamente agradecido, y tan admirado, que luego solia decir al duque: *El emperador os hace agravio en llamaros duque, sino debia llamaros principe por escelencia.*

Llegaron á Madrid, y el augustó prisionero se creyó muy chasqueado, y decayeron muchísimo sus halagüeñas esperanzas, cuando supo que el emperador se hallaba celebrando cortes en Toledo, y que por entonces aun no le veria. Quedó en el alcazar custodiado por Hernando de Alarcon, y Carlos de Lanoy pasó á visitar al emperador, que le recibió con pruebas muy marcadas de afecto y consideracion. Continuaban entre tanto las negociaciones de concierto por medio de los embajadores, mas el teson inflexible del emperador en pedir la restitution de Borgoña, y la resistencia de Francisco I en acceder á esta demanda, prolongaban, ó por mejor decir, hacian imposible la avenencia, y entretanto el régio prisionero, aunque estaba tratado con toda la deferencia y regalo debido á su clase (1), se afectaba demasiado por la falta de libertad, y mucho mas porque Carlos no se dejaba ver á pesar de sus repetidas instancias. Esto afectó á su salud, y amortiguó notablemente su carácter firme y alegre. Su abatimiento se aumentó en términos que le acometió una calentura, que cada dia se aumentaba tanto que Alarcon temió por su vida y dió aviso al emperador. Se hallaba este á seis leguas de Madrid, á donde llegó aquella misma noche (28 de setiembre) y al momento pasó á visitar á su prisionero que reanimado con el cumplimiento de lo que tanto habia deseado, comenzó á convalecer.

Al dia siguiente fué Carlos V á recibir á la hermana del rey, madama de Alenson, que venia á procurar la libertad del rey, á cuya presencia le acompañó él mismo, y despues de darles buenas esperanzas, y de haberles dicho palabras muy afectuosas, los dejó juntos, y regresó á Toledo. Escusado es ponderar la satisfaccion de Francisco I viendo las buenas esperanzas y muestras de afecto que le habia prodigado el emperador, y al momento dió á su hermana las instrucciones necesarias para que á la mayor brevedad terminase aquel asunto. Madama Margarita despues de haber pasado ocho dias en compañía de su hermano partió para Toledo, pero sus esfuerzos unidos á los del embajador del papa fueron inútiles; las nuevas proposiciones que hizo fueron desechadas, el emperador no cedia un ápice en la entrega de Borgoña, y madama de Alenson perdida toda esperanza de arreglo, obtuvo licencia del emperador para volverse á Francia, y ver de paso al rey su hermano.

A su vista le ponderó la inflexibilidad y dureza del emperador, y el ningún medio que habia de avenencia, á no acceder absolutamente á lo que exigia, y en consecuencia le propuso la fuga, indicándole, que podria verificarla, tomando el traje de un negro que metia leña en la cámara del rey, y saliendo de noche tiznada la cara para no ser conocido, mientras el negro quedaria acostado en su cama. Tan estremado era el deseo que Francisco I tenia de verse en libertad, que no titubeó en adoptar esta fuga tan espuesta, humillante, y poco decorosa para un monarca; y la hubiera intentado, si uno de sus camareros llamado Chapon, no hubiese reñido con el tesoro Mr. de Larrohepot, de quien recibió un terrible bofetón. Resentido el camarero de tamaña ofensa y convencido de la imposibilidad de vengarse de su poderoso enemigo, partió á Toledo y descubrió al emperador el meditado

(1) Robertson ha exagerado demasiado el rigor con que era tratado el rey en su arresto, llegando hasta el extremo de decir, que el emperador observaba la conducta de un corsario avariento, que maltrata sus prisioneros para obligarlos á pagar mas caro su rescate. Pero esto no es cierto, el rey sí estaba bien custodiado, pero paseaba cuanto queria, cazaba, y tomaba otras distracciones propias de su rango, y estaba tratado y respetado como un monarca.

(1) Se halla dicha carta con los versos en la Biblioteca del Escorial, en un codice m. s. que contiene varias materias.

proyecto de fuga, que quedó enteramente desbaratado, porque el tesorero, sabedor de que su enemigo estaba en Toledo se creyó descubierto y huyó secretamente á Francia: el negro fué separado del alcazar, y aunque el emperador no se dió por entendido; encargó á Alarcon redoblase su vigilancia, con cuyas disposiciones Francisco I quedó otra vez entregado á sí mismo y á su desesperacion, y creyó su causa muy empeorada.

Esto exaltó su ánimo extraordinariamente y envió á decir al emperador: que estaba determinado á ser su perpetuo prisionero antes que consentir en la entrega de Borgoña, por lo tanto que señalase el lugar de su prision, y las personas que habian de servirle en ella; y al mismo tiempo envió á Francia una declaracion en forma, transfiriendo su corona y todos sus derechos á su hijo el delfin. Cuando Carlos V supo por Mr. Memoransi la enérgica resolucion del rey, aunque temió perder el fruto de su victoria encontrándose con un prisionero sin estados ni poder, le contestó que se conformaba con su determinacion á pesar de que sentia se negase á dar por precio de su rescate, lo que estaba obligado á restituir por justicia.

No tardó mucho en verse libre de esta embarazosa posicion, porque Francisco I permaneció muy poco en su enérgica resolucion, y casi al mismo tiempo que el emisario del rey, llegó Carlos de Lanoy á decir al emperador, que su prisionero estaba resuelto á aceptar las condiciones propuestas, para lo cual habia recibido de Francia los poderes necesarios.

Aunque Robertson asegura que el monarca de Francia algunas horas antes de firmar las condiciones, hizo ante algunos de sus consejeros que se hallaban en Madrid una protesta en debida forma, esto hecho ocultamente no escusa su mala fé, porque á pesar de ella en 14 de enero de 1526 aceptó públicamente los cuarenta y cuatro capitulos de que constaba la concordia llamada de Madrid; y puesta la mano sobre los Evangelios, ante Dios y los hombres juró solemnemente no quebrantar en todos los dias de su vida aquella capitulacion, ni dar consejo ni favor para que otro la quebrantase. En seguida prestó pleito homenaje en manos del virey Carlos de Lanoy de que como príncipe y rey Cristianísimo daba su fe y palabra real, de volver á España dentro de seis meses así como era prisionero si no pudiese cumplir lo por él capitulado. Por parte del emperador firmaron la capitulacion Carlos de Lanoy, don Hugo de Moncada y Juan Aleman, y despues de llevaron á Toledo donde Carlos V la firmó y aprobó en todas sus partes.

Al momento se trató de llevar á cabo la condicion séptima del tratado por la que el rey de Francia debia casarse con doña Leonor, reina viuda de Portugal y hermana del emperador, y á los 20 de enero fué Carlos de Lanoy á Torrijos á donde desde Guadalupe habia venido doña Leonor, y se desposó con ella á nombre del rey de Francia acompañándola luego á Toledo. El emperador fué entonces á Madrid á visitar á su prisionero, que salió á recibirle al campo, vestido á la española con capa y espada, y montado en una mula enjaezada con mucho lujo, y se estrecharon entre sus brazos aquellos dos tan poderosos enemigos dándose mutuas demostraciones de amor y cariño. Vueltos á Madrid se aposentaron ambos en el alcazar, y en los dias que permanecieron en él, conferenciaron largos ratos en secreto, salieron en público á misa á San Francisco, y estaban en la apariencia los mas amigos del mundo.

A los dos dias salieron juntos de Madrid llevando el emperador al rey á su derecha, y fueron á pernoctar á Torrejon de Velasco desde donde á la mañana siguiente pasaron á Illescas. Se hallaba allí la nueva reina de Francia, que acompañada de la reina Germana salió hasta la puerta del alojamiento á recibir á tan ilustres y allegados huéspedes. Despues de las ceremonias acostumbradas se celebraron los desposorios del rey de Francia con la

hermana del emperador y concluido un magnífico sarao que se tuvo en celebracion del regio enlace, ambos monarcas volvieron á dormir á Torrejon. Algunos dias continuaron de este modo visitando á las reinas de dia y volviéndose de noche á su alojamiento, en cuyo tránsito una estrecha litera unia amigablemente á aquellos enemigos irreconciliables que parecia no haber á la vez en el mundo.

En una de estas cortas expediciones devolvió el emperador al rey el toison de oro que perdiera en la batalla de Pavía, y que Carlos V habia comprado por 400 ducados al soldado Juan de Rivera que lo habia hallado.

Llegó por fin el dia de la separacion, y habiéndose antes despedido de las reinas, salieron de Torrejon los dos monarcas montados en dos hermosos caballos, y caminaron juntos hasta una cruz en donde se dividen los caminos de Madrid y Toledo. Allí hablaron algun tiempo, separados de su comitiva lo bastante para no poder ser oidos, y por fin dijo el emperador al tiempo de separarse: —*Hermano, ¿acordais os de lo que conmigo habeis capitulado?—Y tanto que os repetiré todos los capitulos de memoria: y los recitó uno por uno.—Pues tan bien os acordais de lo que habeis jurado, decidme ¿teneis voluntad de cumplirlo, ó hallais alguna dificultad? Porque si en esto hubiese duda alguna, seria tornar á las enemistades de nuevo.—Yo tengo voluntad de cumplirlo todo, y sé, que nadie en mi reino me pondrá estorbo: y cuando otra cosa vos de mí viéredes, quiero y consiento que me tengais por vellaco y vil.—Lo mismo que vos decís que diga yo de vos si no lo cumplieredes, eso mismo quiero que vos digais de mí si no os diere libertad. Una sola cosa os pido, que si en algo me habeis de engañar, ó en todo, no sea en lo que toca á mi hermana y vuestra esposa, porque seria injuria, que no la podria dejar de sentir, ni de vengar. Al concluir estas palabras ambos se quitaron el sombrero diciendo, Dios, vaya hermano, en vuestra guarda: y el emperador, tomó el camino de Toledo, y el rey el de Madrid, para desde allí salir para su reino. ¡Quién habia de creer, que esta paz estaba ya rota antes de separarse, y que tan pronto habian de olvidarse tantos juramentos y promesas!*

Madrid era un punto demasiado odioso para el monarca francés, y así trató de salir de él lo mas pronto posible dirigiéndose á la frontera. Hizo este viage escoltado por una guardia de caballería, al mando de Hernando de Alarcon, y el 19 de marzo á las tres de la tarde, Francisco I acompañado de Alarcon y algunos caballeros españoles, entró en una barca anclada en medio del Bidasoa y á igual distancia de ambas orillas. Segun lo estipulado, Lautrech salió al mismo tiempo de la ribera de Francia conduciendo al delfin y duque de Orleans, que se debian quedar en rehenes hasta que su padre cumpliera lo que habia jurado. La ceremonia de entrega se hizo con las formalidades antes convenidas, Francisco I abrazó rápidamente á sus hijos, que pasaron á manos de los españoles, y á un mismo tiempo se separaron de la barca en direccion opuesta. El monarca francés estaba tan embriagado de placer, que le pareció habia de deslizarse á su vista ó escaparse bajo sus pies la arena de su reino, y saltó antes de tiempo en la ribera de Francia, mojándose bastante, pero como si no lo hubiera notado, montó con ligereza sobre un caballo turco que le estaba preparado, y partiendo á todó galope, con ademanos de locura, y enteramente olvidado del aplomo y gravedad que á un monarca competen, agitaba violentamente la mano sobre su cabeza gritando con fuerza: *je suis encore roi: todavía soy rey*, lo que repitió muchas veces corriendo á todó escape por el camino de San Juan de Luz, donde durmió aquella noche, olvidado ya enteramente de sus solemnes juramentos, y entregado á pensar en su venganza. ¡Cuánta sangre ha costado á ambas naciones la falsedad de un monarca!!!

ISLAMISMO.

ARTICULO I.

MAHOMA.



ra Mahoma de la tribu de los Goraichitas, la mas ilustre de la Arabia, y su raza provenia de Ismael hijo de Abraham. Nació en la Meca,

en la segunda mitad del siglo VI, esto es, por los años 569 de Jesucristo; en aquel entonces pesaba sobre la Arabia el yugo estrangero, y los emperadores de Constantinopla, los reyes de la Persia y de la Abisinia ocupaban militarmente la mayor parte de la peninsula. Solo la Meca y los paises del interior conservaran su independencia, y no se turbara allí la tranquilidad sino por la sola efervescencia propias de las costumbres de los pueblos nómadas. Ademas de este feliz estado, ya se reputaba la Meca primera ciudad de la Arabia, pues mirábanla los árabes como un santuario, gracias á la memoria de Abraham é Ismael, y á la Caaba ó Casa cuadrada que encerraba dentro de sus muros. Para la dominacion de tantos y diversos pueblos influyera poderosamente en los ánimos; de manera que la poblacion de las provincias sujetas á los romanos y á los abisinos era casi enteramente cristiana ó judia: en las provincias persas dominaba la religion de los sabeos y la de los magos, y los demas seguian el culto de los idolos.

Los habitantes de la Meca, eran los que mas se dieron á todos los ritos del paganismo. En el interior de la Caaba veíase las estátuas de Abraham é Ismael con siete flechas en la mano, á favor de las cuales pretendian los idólatras leer en el porvenir; afuera habia 360 estátuas, cada una de las cuales presidia á un dia del año, representando unas ángeles, otras planetas, y todas tenian su culto particular, sus adoradores y sus ofrendas, invocábanlas para pedir la lluvia ó que madurase la cosecha, y de algunas era fama que daban la riqueza y favorecian el nacimiento de los hombres, como el Pluton y la Lucina de los antiguos. Cada tribu y aun cada familia podia escoger el Dios que le conviniera, y á aquellos idolos de madera, de piedra, de cristal y de bronce inmolábanse hasta víctimas humanas.

Nació Mahoma en el seno de la idolatria, como que este culto siguieran desde muy antiguo sus predecesores. Perdió ya en su niñez á sus padres Abdala y Amina, que le legaron la herencia de cinco camellos y una esclava etiope; bien que encargose de su educacion su abuelo, que era magistrado muy respetado en la Meca, y muerto este, acogióle en su casa su tío Abou-Thaleb. Apenas saludara los trece años, ya emprendió Mahoma con su tío el viage á la Siria: acostumbaban entonces los mequenses, aun los mas distinguidos, darse al comercio; y así trasportaban á Damasco los aromas y perfumes de la India y Arabia, recibiendo en cambio trigo, estofas y productos del Oriente. Con todo, la pobreza de Mahoma era un terrible obstáculo para su elevacion; y dificilmente lo hubiera superado, á no quitarlo de en medio Cadigia rica viuda de la Meca, que confió al jóven la direccion de su comercio, y se desposó con él á poco. En su crónica ára-

be Thabari ha celebrado la magnificencia de las bodas y el esplendor de los esposos: rayaba entonces Cadigia en los cuarenta años, al paso que Mahoma no llegara á los veinte y cinco todavia.

Dueño de una fortuna inmensa, pudo éste desde entonces ocuparse del proyecto de la revolucion que en breve debia operarse. Ya le impresionara vivamente el espectáculo de lo que pasaba en la nacion judia y entre los cristianos, por que ellos eran los únicos que odiaban la idolatria, reconocian un solo Dios, y á él y no á otro rendian adoracion. Habiéndose hecho leer los libros del antiguo y nuevo testamento, manifestó Mahoma mucha deferencia para con los judios y cristianos, y no contento con admitir por base de su religion los libros santos, de ellos sacó tambien al principio muchas ceremonias. Nada dice la historia sobre esta primera parte de su carrera; con todo, sabido es que cada año retirábase á una caverna vecina á la Meca á meditar sobre las cosas del cielo. Se ha dicho que no sabia leer ni escribir, cosa poco probable; porque ¿quién sabe si se atribuia una ignorancia absoluta para persuadir que sus futuras predicaciones no podian ser fruto de su propio discurso, privado como estaba de toda instruccion, sino que sus palabras debian considerarse como inspiraciones del Altísimo?

En fin, dióse á luz su pretendida mision. Estando un dia encerrado en la cueva, apareciósele el ángel Gabriel, segun cuenta él mismo, y manifestándole las instrucciones que de los cielos le traia, saludole con el titulo de Apóstol del Eterno. Al punto regresó Mahoma á su casa, y participó el lance á Cadigia, que lo creyó resueltamente; ejemplo que siguieron Ali, hijo de Abou-Thaleb, y Abou-Bekr, sucesor de Mahoma. A poco la nueva religion contó entre sus discipulos á Osman y otros célebres personajes, y todos recibieron el nombre de *musulmanes*, derivado de una palabra árabe que significa *ponerse en manos de Dios*. Robustecia Mahoma la creencia de sus sectarios y sostenia su fé con las revelaciones que decia le venian del cielo de cuando en cuando. Así anduvo catequizando ocultamente por tres años, al cabo de los cuales resolvió darse á conocer; convidó á un festin á sus tíos y demas parientes, que hasta entonces profesaran el culto de los dioses; y representándoles cuan absurda y defectuosa es la idolatria. probóles que en vano esperaban les diesen la felicidad imágenes informes que no tenian vista ni oido: «¿Hay entre vosotros quien quiera ser mi visir y mi lugarteniente, esclamá, como Aaron fué visir y lugarteniente de Moises? A estas palabras, el jóven Ali que apenas rayaba en los doce años, contestó:—Si, Apóstol de Dios, yo seré tu visir y tu lugarteniente?» Iba progresando la nueva religion; y entre los prosélitos figuraron Hamza, tío de Mahoma, y Omar, que despues fué califa: al primero, espíritu fogoso é irritable, convirtiéronle las persecuciones que empezaban á suscitarse contra su sobrino; y el segundo debió su conversion á la lectura de un pasage del Alcoran que le entusiasmó sobre manera. A medida que iba ensanchándose el poderio del innovador crecia tanto el encono de sus enemigos, que ya no se encontraban ambos partidos sin que viniesen á las manos. Resolvió por tanto Mahoma mantenerse oculto por algun tiempo, no conversando mas que con sus amigos. Pero en la época de las ceremonias de la romeria, cuando veíanse reunidas en la Meca todas las tribus de la Arabia, aprovechaba aquel inmenso concurso de pueblo para insinuar su doctrina á los estrangeros, á quienes llevando aparte recitábalos algunos capítulos del Alcoran y les decia: «Yo soy el Apóstol de Dios; el libro que anuncio es la prueba de la verdad de mi mision. El Señor os manda que desecheis lo que de él es indigno, y que solo le sirvais; asi mismo quiere que creais en mí y me obedezcais.»

En esto, llegaron á la Meca algunos idólatras de Medina, en cuya ciudad habitaban á un tiempo idólatras y judios de la tribu de Levi. Habiéndose declarado la guer-

ra ambas naciones, fueron vencidos los judíos y reducidos á servidumbre; y como en el exceso de sus males esclamaban á veces: «si viniera el Mesías, correríamos á su encuentro y nos libraríamos de la tiranía.» Los idólatras de Medina, al llegar á la Meca, oyendo hablar de un nuevo profeta, dijéronse: «¿Quizás será el profeta de que hablan los judíos! vamos á encontrarle, y pongámosle de nuestra parte.» Presentáronse pues á Mahoma, que les predicó la unidad de Dios; convirtiéronse al punto, y tan fervoroso fué su naciente celo, que á su regreso á Medina propagaron el nuevo culto. Gracias á sus esfuerzos convirtiéronse muchísimos de sus compatriotas, y pronto no hubo casa en Medina que no contase algunos musulmanes.

Con tal triunfo cobró Mahoma desmesurada confianza. Hasta entonces reconocírase privado del poder de hacer milagros; en vano dijéronle un día sus enemigos: «Tú nos vienes citando siempre los ejemplos de Abraham, de Moisés y de Jesús; haz milagros como ellos, y te creeremos.» Y luego, indicándole una colina de tierra roja que hay cerca de la Meca, añadieron: «He ahí una colina de tierra, cámbiala en oro, y nos confesaremos vencidos.» Pero Mahoma contentábase con responder que, si bien Abraham, Moisés y Jesús hicieron milagros, no por esto mejoraron los hombres; que además, siempre que el Eterno tenía que romper ó suspender las leyes perpétuamente establecidas, castigaba rigurosamente á los que no querían dar crédito á las señales de su poder, y por lo mismo no quería él acarrear semejante castigo á su desventurada patria.

Mas así que vió el formidable partido que en Medina se formara, ya sin rebozo proclamóse igual á los antiguos patriarcas y profetas; y queriendo hacer un milagro mas extraordinario que cuantos se atribuían á los que él llamaba sus antecesores, refirió su viage nocturno al séptimo cielo. Si Abraham recibió frecuentes visitas de ángeles, si Moisés estuvo cuarenta días en el monte Sinai conversando con el Señor, si á Jesús concedió Dios favores mas señalados todavía, él, Mahoma, compareció ante el Eterno. He aquí como contó su ascension prodigiosa.

«Yacía yo, dice, entre las colinas de Safa y Merva, cuando viniendo á mí Gabriel, apresurose á despertarme. Conducía á Alborak, yegua gris-plateada, que tiene cabeza de muger, y cola de pabo real, y que tan aprisa anda que á cada paso que da aléjase tanto como puede alcanzar la mejor vista. Brillaban sus ojos como estrellas. Desplegó sus dos grandes alas de águila. Acerqueme; y se puso á tirar cóces: «Estáte quieta, le dijo Gabriel, y obedece á Mahoma.—Respondió la yegua:—No me montará el profeta Mahoma sino despues que te prometa que me hará entrar en el Paraiso el día de la resurreccion.» Prometiselo (1) entonces dejose montar, y de repente estuvimos á las puertas de Jerusalen. Al entrar en el templo, halleme con Abraham, Moises y Jesús, y oré con ellos. Cuando acabé de orar bajó súbitamente del cielo una escala de luz, y con la velocidad de rayo recorrimos las inmensidades de los aires.

«Llegados al primer paraiso, llamó el ángel á la puerta: «¿Quién llama? preguntaron.—Gabriel.—¿Quién viene contigo?—Mahoma.—¿A recibido su mision?—La ha recibido.—¿Bien venido.» A estas palabras, la puerta, que era mayor que la tierra, giró sobre sus goznes, y entramos. Este primer cielo es de plata pura; de su bella bóveda cuelgan las estrellas atadas con fortísimas cade-

nas de oro; y en cada estrella hay de centinela un ángel para que no escalen el cielo los demonios. Vino á abrazarme un anciano llamándome el mayor de sus hijos. Era Adan. No tuve tiempo para hablarle: llamaban mi atención sin número de ángeles de todas formas y de todos colores. En medio de ellos álzase un gallo mas blanco y resplandeciente que la nieve, y tan grande, que su cabeza tocaba en el segundo cielo, distante del primero quinientos años de camino. Mucho me hubiera pasmado todo esto, á no referirme Gabriel que aquellos ángeles están allí en forma de animales para interceder con Dios por todas las criaturas de la misma forma que viven sobre la tierra, que aquel gran gallo es el ángel de los gallos, y que su principal oficio es divertir todas las mañanas al Eterno con sus cantos y sus himnos.

«Dejando el gallo y los ángeles-animales, pasamos al segundo cielo, que es de un hierro duro y bruido. Allí encontré á Noé que me recibió en sus brazos; acercáronse en seguida Jesús y Juan, y me llamaron el mayor de los hombres. Entonces nos remontamos al tercer cielo, mucho mas distante del segundo que este del primero. Menester es ser al menos profeta para soportar la deslumbrante claridad de este cielo, que se compone enteramente de piedras preciosas. Entre los seres inmortales que lo habitan, distinguí un ángel de una altura que excede los límites de toda comparacion; y tenía á sus órdenes cien mil ángeles, cada uno de los cuales era mas fuerte por sí solo que cien mil batallones de guerreros aprestados para el combate. Llámase este gran ángel el Confidente de Dios; es tan prodigiosa su estatura que de su ojo derecho al izquierdo hay sesenta mil jornadas; y delante tenía un enorme escritorio en que no cesaba de escribir. Dijome Gabriel que el Confidente de Dios era al mismo tiempo el Ángel de la Muerte, y como tal escribía los nombres de los que debían nacer, calculaba los días de los vivientes y los iba borrando del libro á medida que llegaban al término prefijado por sus cálculos.

«Urgía el tiempo, y ascendimos al cuarto cielo, donde mi presencia causó agradable sorpresa á Enoc. Es este cielo de plata fina, transparente como el cristal; y lo pueblan ángeles de alta estatura, uno de los cuales, si bien menor que el Ángel de la Muerte, no deja de tener quinientas jornadas de altura. Muy triste es el oficio de este ángel, pues consiste únicamente en llorar los pecados de los hombres y en predecir los males que se preparan, y como sus lamentaciones no cautivaban mi atención de manera que desease pararme á escucharlas, pasamos prontamente al quinto cielo. Recibieron Aaron y me presenté á Moises, que me suplicó no le olvidase en mis oraciones. El quinto cielo es de oro puro; los ángeles que lo habitan muestran grave aspecto, y con razon, pues son los depositarios y custodios de las venganzas divinas y de los devorantes fuegos de la ira de Dios, al paso que les está cometido vigilar el suplicio de los pecadores contumaces y preparar espantosos tormentos para los árabes que no querían adorar un solo Dios. A tan triste espectáculo apresuré el paso, y subí con mi guía al sexto cielo, donde volví á encontrar á Moises, que se puso á llorar al verme, por que, segun decia, estaba escrito que yo conduciria al Paraiso mas árabes que judíos él condujera.

«Mientras estaba consolando al profeta hebreo, sentíme arrebatado no sé como, y de un vuelo llegué al cielo séptimo mas veloz que el pensamiento. Es imposible dar una idea de tan bello Paraiso; baste saber que es de luz divina. El primer habitante que en él vi esceder en estension á la tierra; tiene setenta mil cabezas, cada cabeza setenta mil bocas; cada boca setenta mil lenguas, que hablan sin cesar y todas á la vez setenta mil idiomas diferentes para cantar las alabanzas de Dios. Despues de contemplar aquel ser celestial fui súbitamente arrebatado por un divino soplo, y me hallé sentado al pié del Cedro

(1) Segun ciertos autores musulmanes, la yegua Alborak habitará en el Paraiso junto con el perro de los siete dormíentes de la leyenda oriental, el carnero que Abraham inmoló; la burra de Balaam; el camello en que Mahoma huyó de la Meca á Medina, el asno en que Nuestro Señor entró en Jerusalen, el caballo de San Jorge, y el burro del profeta Esdras.

inmortal, hermoso árbol plantado á la derecha del trono de Dios, de aquel trono ante el cual arden incesantemente catorce cirios altos de setenta años de camino; las ramas del cedro mas estensas que lo que dista el sol de la tierra, sombrean á una tropa de ángeles mas numerosos que las arenas de todos los desiertos, de todos los mares, y de todos los rios y arroyos. En las ramas hay posados los pájaros inmortales ocupados en considerar los sublimes pasages del Alcoran; las hojas asemejan orejas de elefante; son sus frutos mas dulces que la leche, y uno solo de ellos bastaría á alimentar por un dia todas las criaturas de todos los mundos. Cada pepino encierra una

huri, virgenes divinas reservadas á los eternos goces de los musulmanes, las cuales son de cuatro especies; unas blancas, de color de rosa las otras, negras las terceras, y las últimas verdes. Su cuerpo encantador tiene la transparencia del cristal; son tan bellos sus ojos, que si en la noche mas oscura una huri dejase caer una mirada suya en la tierra le daría tanta luz como el sol en toda su brillantez, y aunque abrirán sus brazos á los fieles, no por eso perderán su virginidad. Cuatro rios nacen al pié del cedro, dos para el Paraiso y dos para la tierra, que son el Nilo y el Eufrates, cuyas fuentes nadie habia descubierto hasta ahora.



Ascension de Mahoma (1).

«Aquí dejome Gabriel, porque no le era licito internarse mas; y ocupando Rafael su puesto, condujome á la

(1) La presente lámina representa á Mahoma montado en la yegua Alborak per encima de la Caaba. Del profeta no se ven mas que los pies, pues la cara y lo restante de cuerpo lo encubre el resplandor celestial. Este dibujo es una copia fiel de los que hay en los libros persas.

Casa divina de la Adoracion, donde cada dia se juntan en romeria setenta mil ángeles de primera clase; y es de advertir que jamás van dos veces los mismos. Mucho se parece al templo de la Meca esta casa, que es toda de jacintos, y está cercada de lámparas que arden eternamente; y si cayera del séptimo cielo á la tierra, como pudiera acontecer, descansaría sobre la Caaba. Cosa es muy extraña pero muy cierta.

«Apenas puse el pié en la Casa de la Adoracion, presentome un ángel tres copas, llena de vino la primera, de leche la segunda y la tercera de miel. Yo escogi la de leche; y al punto una voz fuerte como diez truenos hizo retumbar estas palabras: «¡Oh Mahoma! bien has hecho en escoger la copa de leche; porque si bebido hubieras el vino quedaba tu nacion pervertida y desgraciada.» Pero un nuevo espectáculo vino á fascinar mis ojos: con la rapidez de la imaginacion hizome atravesar el ángel dos mares de luz y uno negro como la noche; entonces me hallé en la presencia de Dios; y el terror cundió por todos mis sentidos, cuando una voz, mas retumbante que el bramar de las olas agitadas, me gritó: «Acércate, ¡oh Mahoma! acércate al trono glorioso.» Obedecí y á un lado del trono lei estas palabras: «No hay mas Dios que Dios y Mahoma es su profeta.» Al mismo tiempo puso Dios su derecha sobre mi pecho y su izquierda sobre mi hombro, y un frio agudísimo circuló por todo mi cuerpo, y helome hasta los tuétanos. A tanto dolor siguieron dulzuras inesplicables y desconocidas de los hijos de los hombres, las cuales embriagaron mi alma; y á favor de estos transportes, tuve con Dios una conversacion familiar que se prolongó bastante. Dictome Dios los preceptos que hallareis en el Alcoran, y me mandó que os exhortase á sostener la santa religion con las armas y con la sangre.

«Cesó de hablar el Eterno; reunirme con Gabriel que desplegó sus ciento cuarenta pares de alas brillantes como el sol, y fuimos bajando por los siete cielos, en que á menudo nos detubieron los conciertos de los espíritus celestiales que cantaban nuestras alabanzas. Pero Dios me mandara que la oracion debia hacerse cincuenta veces al dia; y al llegar al cielo de Moises, yo le comuniqué esta orden: «Vuelve al Señor, me dijo el gefe de los hebreos, ruégale que suavice el mandato; porque nunca podrá cumplirlo tu pueblo.» Volví, pues, al Altísimo, y le rogué rebajase el número de las oraciones, que fué reducido á cuarenta. El sabio Moises me aconsejó que volviera á instar y tras reiteradas idas y vueltas quedé fijado á cinco el número de las oraciones. Llegando en fin á Jerusalem, replegose á la bóveda de los cielos la escala de luz. Alborak me estaba esperando. Era noche todavía; y agitando tan solo dos veces las alas me volvió al lugar de donde me sacara. Entonces dije á Gabriel: «Mucho me temo que mi pueblo no querrá creer la relacion de este viage.» Tranquilízate, me contestó el ángel, el fiel Abou-Bekr y el fiero y santo Alí defenderán la verdad de estos prodigios.»

En efecto, á pesar de las verbales afirmaciones de Mahoma, á pesar de las protestas de Alí y de Abou-Bekr, los mismos discípulos de la nueva religion negáronse á dar crédito á la relacion del viage aereo del Apostol de Dios, nombre que entonces daban al profeta. Y notose que en el Alcoran no se atrevió este á esplicarse claramente acerca de tan estraña aventura; he aqui lo que dice solamente: «¡Loores al que transportó su servidor del templo de la Meca al de Jerusalem!» Y en otro pasage se lee: «Elebose á lo alto de los aires, y se acercó á dos arcos de distancia, ó menos quizás, al trono de Dios y Dios reveló á su siervo lo que le ha revelado, y su corazon no ha imaginado lo que vió. ¿Disputareis, pues, con él sobre lo que vió?» Si bien los mas graves autores consideran el viage nocturno como una vision, y sostienen que Mahoma solo en espíritu fué transportado al cielo; la tradicion ha trasmitido este hecho como una verdad que los musulmanes deben creer sin examen; asi es que jamás dejan de celebrar su aniversario.

Entretanto iba estendiéndose el Islamismo por el interior de la Arabia; y habiendo ido á la Meca otra caravana de habitantes de Medina, abjuraron todos la idolatría delante de Mahoma. Entonces, pues, desechó toda moderacion y disimulo; y si hasta entonces predicara á sus discípulos la paciencia, diciéndoles: «Perdonad á vuestros enemigos mientras espereis la venganza de Dios.» Su triun-

fo hizole cambiar de tono, y usar este: «Los musulmanes pueden pelear contra los que les injurian; porque en verdad Dios está pronto á enviarles socorro.» Tras esto hizose prestar juramento de fidelidad. Juraron los mahometanos defenderle como defenderian sus mugeres, sus hijos y toda su familia, y para enardecer su ánimo, aseguró él que cuantos perciesen en defensa de su causa entrarian en el séptimo cielo. Al saber esto, espantados los magistrados de la Meca resolvieron dar muerte al innovador. Pero previendo Mahoma el riesgo, huyoles el cuerpo; y despachando secretamente sus fieles para Medina, púsose en camino algunos dias despues. A este acontecimiento se le dió el nombre de *hegira*, derivado de una palabra árabe que significa *fuga*, y desde entonces sirvió de época para todas las naciones musulmanas. Corrian entonces los años 622 de nuestra era; Mahoma rayaba en los cincuenta y tres, y hacia trece que predicaba su doctrina.

Recibido en triunfo en Medina, arrogóse toda la autoridad temporal y espiritual, y sus discípulos le consideraron como rey y pontífice. Dióse ante todas cosas á consolidar su poderio y á revestir el culto de los musulmanes de formas, que apenas cambiaron despues; así principió por edificar una mezquita donde debia acudir el pueblo á orar; y queriendo incitarlos con el ejemplo, trabajó en la obra con sus propias manos, diciendo: «Todo el que trabajará en esta mezquita, trabajará para la vida eterna.» Edificó tambien una casa para si, y lo mismo hicieron sus compañeros. Objeto de la persecucion mas violenta, solo cuidó de estender sus leyes con la fuerza de las armas; y ya vencedor, ya vencido, atribuia sus triunfos al Eterno, y á los pecados de su gente sus derrotas. Durante el combate de Berd contra los de la Meca, golpeábase el pecho prorumpiendo en esta plegaria: «Oh Dios mio! si permites que perezcan sus siervos, ya no tendrás adoradores en la tierra;» y estaba tan conmovido, que perdió por un momento los sentidos. De repente, reanimándose, finge que acaba de aparecérselo el ángel Gabriel: «Regocijáos, esclama, Dios nos envia socorro!» Monta á caballo, y tomando un puñado de arena, la arroja á la cara de sus enemigos: «Sea confundida su faz!» grita; hacen sus guerreros un último esfuerzo; huyen los mequenses, y está ganada la batalla. Pocos dias despues, en una escaramuza fué derribado del caballo, contuso el rostro y acribillado de heridas su cuerpo; y sereno en medio del peligro, repetia: «Oh! como es posible que conozcan la felicidad los que así ensangrientan el rostro de su profeta!»

Despues de derramada mucha sangre, y de conquistadas y devastadas muchas ciudades, ajustaron los mequenses treguas por un año, durante el cual podria el profeta ir en romería á la Caaba. Entonces fué cuando una jóven, que habia perdido su hermano en la guerra que Mahoma hizo á los judios de Khaibar, queriendo vengar su muerte, envenenó un lomo de carnero que ya sabia debia servirle al profeta. Al primer bocado, conoció Mahoma el envenenamiento, y arrojándolo esclamó: «Este carnero me advierte de que está emponzoñado!» Milagro! clamaron los musulmanes, y el lomo de carnero venenóse por mucho tiempo como una reliquia. Pero ya el veneno penetrara en las entrañas del profeta, y los sufrimientos que le acarreó no cesaron sino con su muerte.

Por fin concibió el proyecto de someter la Meca, su patria, adonde ya habia ido en pomposa romería, que le valió la conversion de sin número de idólatras. Aun entre el tumulto de las armas tuvo su entrada en la Meca un carácter religioso; iba en traje de peregrino, y caminaba recitando en tono solemne estas palabras del Alcoran. «Por cierto, te hemos dado una esclarecida victoria; Dios te ha perdonado tus pecados pasados y futuros, á fin de manifestar su gracia contigo, dirigirte por el camino recto y ayudarte con poderoso auxilio. El es quien ha hecho descender el reposo y la tranquilidad en el corazon

de los fieles para acrecentar su fé con nueva fé: Dios es grande y misericordioso.» Primeramente visitó la Caaba y oró á Dios en los santos lugares; y luego ardiendo en deseos de borrar hasta el último resto del culto profano, derribó los ídolos que rodeaban la Casa-Cuadrada, para lo cual acercábase sucesivamente á cada uno y tocándolos con una varita que llevaba en la mano decía: «Venida es la verdad! sea anonadada la mentira!» y al mismo tiempo los hacían pedazos, sin respetar ni las estátuas de Abraham y de Ismael. Tras esta ejecución convocó Mahoma el pueblo, y dijo: «No hay otro Dios que el Dios que ha cumplido todas las promesas hechas á su siervo, y puesto en fuga á sus enemigos. En adelante no adorareis á nuestros padres Abraham é Ismael, que solo eran hombres como vosotros.»

Entonces fué cuando, queriendo tratar como igual con los mas poderosos reyes, escribió á casi todos los príncipes cristianos, judíos, ó idólatras de la Arabia y de los países vecinos, invitándoles á que abrazasen su culto. La fórmula de aquella circular era esta: «Mahoma, Apostol de Dios, á....., salud, etc.» Cosroes, rey de Persia, irritóse tanto de ver antepuesto al suyo el nombre de uno á quien consideraba como su esclavo, que sin leer mas hizo pedazos la carta. Al saberlo, exclamó Mahoma: «Así sea despedazado su reino!» Por lo cual no dudán los musulmanes que á consecuencia de este mandato del profeta fueron poco despues víctimas de todo género de desastres Cosroes y sus posesiones.

El año IX de la hegira fué célebre por la afluencia de embajadores, que de todos los puntos de la Arabia acudían á felicitar á Mahoma por sus victorias; y así se le dió el nombre de *año de las embajadas* que segun los autores árabes fueron tan numerosas como los dátiles que caen por otoño. Recibió Mahoma á los diputados con mucha dignidad, y casi toda la Arabia resolvió tenerle por señor y soberano. En una guerra contra ciertas naciones lejanas, el ejército del profeta tuvo que atravesar el país de los antiguos temouditas, y no dejó pasar Mahoma aquella ocasion de trazar á sus soldados la muerte que estaba reservada á un pueblo incrédulo; y mostrándoles las cuevas abandonadas, las desiertas habitaciones, amenazóles con igual destino sicaian en semejante impiedad. Al llegar al centro del valle donde los temouditas acostumbraban venir por agua, viendo que devorados por la sed precipitábase allí á beber los musulmanes: detúbolos, diciendo: «Guardaos de beber de esta agua que sirvió para los pueblos injustos, huiz de esta morada de maldicion, llorad vuestros pecados y temed no sufrais tan terrible castigo!» Y cubriéndose el rostro con su capa y espoleando su mula no cesó de correr hasta que estuvo fuera del valle.

Los árabes de Taief, únicos que conservaban el culto de los ídolos, sufriendo continuos ataques de los musulmanes, ofrecieron lo que se convertirían al Islamismo con tal que se les dejase por un año seguir profesando su antiguo culto y se les dispensase de la oracion; pero respondiendo Mahoma que la verdad no consentia espera, y que no habia religion sin oraciones, sometióse los idólatras y ya no quedó en Arabia ningún pueblo que profesase las prácticas del paganismo.

Difícil tarea seria la de seguir á Mahoma en sus esfuerzos para el triunfo de su nombre y de sus principios religiosos; activo é infatigable, y dotado de ambicion ilimitada, velasele llenar de emisarios la Arabia Feliz, la Arabia Petrea, las costas del Golfo Pérsico, y hasta las tribus nómadas de la Mesopotamia. Entretanto volvió la época de la peregrinacion y queriendo Mahoma visitar otra vez su país natal echáronse de ver en aquella romeria los inmensos progresos que hiciera el Islamismo. Acompañábanle ciento y catorce mil hombres: al llegar á la Meca, besó con respeto la piedra negra en que se supone está encerrado el pacto de la alianza entre Dios y los hombres; luego dió las siete vueltas acostumbradas al rededor de la

Caaba, con la particularidad de que las dió corriendo con bastante ligereza; pues para que no creyeran sus enemigos que sus fuerzas se resentían de la edad y de las fatigas, esforzóse en hacer alarde de extraordinario vigor. Saliendo despues de la ciudad subió á la colina de Safa, de donde, mirando á la Caaba, pronunció estas palabras: «Dios es grande; no hay mas Dios que Dios; no tienecompañero ninguno; suyo es el poder; loores á Dios; él es poderoso en todas las cosas; no hay mas Dios que Dios.» De allí paso á la colina de Merva, donde hizo una plegaria; visitó en seguida todos los lugares sagrados y cuando hubo terminado, hizo bajar del cielo estas palabras: «Ahora ya no se atreverán los incrédulos á atacar vuestra religion; no los temais. Dios es sabio y poderoso.» Hizo piadosamente el sacrificio; con su propia mano inmoló sesenta y tres camellos, número igual á los años de su edad, y mandó á Ali que sacrificase treinta y siete; y acabadas todas las ceremonias, emprendió su vuelta á Medina.

Hallábase entonces en el apogeo de su poder; no habia en la Arabia hombre ni pueblo capaz de luchar con él; y dueño absoluto de la península, es de creer que pronto hubiese paseado á lo lejos sus armas vencedoras, cuando una dolorosa enfermedad le llevó al sepulcro. Desde el fatal acontecimiento de Khaibar, siempre sintió los efectos del veneno, y de vuelta á Medina, acreciendo los dolores, á 26 de mayo de 632 tuvo que hacer cama en casa de Aiescha, la que mas amaba de todas sus mugeres, y su confidenta. Para tranquilizar á sus sectarios, manifestaba la mas completa serenidad; hablaba continuamente de Dios y de la vida futura; y un dia como los que le asistian pareciesen admirarse de sus padecimientos, les dijo: «Ningun profeta de los que me han precedido sintió lo que siento; pero cuánto mas vivo sea el dolor, mayor será la recompensa.» Y añadió: «Acostumbra el Señor ofrecer á la elección de sus siervos este mundo ó el otro; yo he preferido morar con Dios.» A los dos dias de su enfermedad, queriendo asistir á la oracion con el pueblo, trasladáronle á la mezquita, donde, despues de alabar á Dios dijo: «¡Oh hombres! si hay alguno entre vosotros á quien haya castigado injustamente, hé aqui mis espaldas; si he mancillado la reputacion de alguno, mancille la mia; si injustamente he exigido dinero, hé aqui mi bolsillo.» En seguida dió libertad á todos sus esclavos, y comunicó á sus compañeros su última voluntad, que fué: mandarles que echasen de la Arabia á los idólatras y á cuantos no profesasen el Islamismo; que acogiesen todos los prosélitos, sin hacer diferencia entre musulmanes antiguos y nuevos, y por último encargarles la oracion, acabando por maldecir á los judíos, cuyo odio y perfidia eran causa de su muerte. Agravándose el mal, fué decayendo su ánimo; y cuéntase que dos dias antes de espirar, pidió recado de escribir para redactar un nuevo Corán, lo que prueba que, á lo menos en los últimos años de su vida, sabia leer y escribir. «Quiero dejar un libro, dijo, que quite todo motivo de error despues de mi muerte.» Al decir esto, hubo en la sala violento tumulto; preguntábase unos á otros si por ventura no tenían el Alcorán, y si acaso no bastaba este libro para esta vida y la otra; y no faltaron graves y acaloradas disputas, siendo tal el ruido, que vuelto en sí Mahoma, despidió la concurrencia, exclamando: «No es por cierto decoroso querellarse así en presencia del Apostol de Dios.»

Murió Mahoma á 8 de junio de 632, á los sesenta y tres años de su edad; á los cuarenta empezara su predicacion, y hacia diez que habitaba en Medina. Enterráronlo debajo del mismo lecho donde espiró; y andando el tiempo, edificaron allí una mezquita, donde acudieron en romeria los musulmanes. Es falso, pues, lo que afirman ciertos escritores de que los restos de Mahoma fueron depositados en una urna de hierro, que se sostenia en el aire por la atraccion de un grande iman pendiente del techo.

Dos cosas hay que considerar en Mahoma; una, la prodigiosa destreza con que preparó su papel; y otra, la imperturbable serenidad con que lo desempeñó. Era sencillo, modesto, y tan sóbrio, que á su muerte oyéronsele á Aiescha estas palabras: «Oh tú, que jamás comiste cebada hasta hartarte!»; y en efecto en su casa la comida ordinaria consistía en dátiles y agua, y no era raro que pasasen dos meses sin que en ella se encendiese lumbre. No se distinguía de los demás ni en los vestidos ni en la manera de vivir: al principio llevaba vestido de algodón; pero pareciéndole este demasiado rico, tomó para siempre otro de lana; y Abulfeda refiere que cosía sus zapatos, remendaba su ropa, barria su cuarto y se servía por sí mismo. La mayor parte de la cebada y de los dátiles de su cosecha se repartía á los pobres; mantenía constantemente cuarenta personas, y mas de una vez hallóse falto de lo mas preciso para su propia subsistencia. Era estremadamente delicado, celoso y complaciente para con sus amigos, á quienes servía con el mismo fervor que ellos á él, medio segun decia, el mas seguro para hacerlos adictos á su causa; y ponía sobre todo gran cuidado en dar toda la consideracion posible á los sujetos que revistiera con su autoridad. Al partir de Medina uno de sus oficiales, á quien sometiera el gobierno de una provincia, písole con su propia mano el turbante, y despues de ayudarle á montar á caballo, acompañóle á pié un buen espacio, diciendo: «Bueno es honrar al que vá revestido del mando, nada hago que no esté conforme á las órdenes de Dios.» Pero cuanto estaba dispuesto á servir á sus amigos, tanto mas odiaba á sus contrarios, y si alguno estorbaba sus proyectos, no consultaba mas que su escesivo resentimiento: en esta parte, participaba del genio vengativo de sus compatriotas, y puede decirse que no dió muestra alguna de grandeza de ánimo sino cuando vió sólidamente afirmada su pujanza.

Muchos son los trozos del Alcoran, que prueban que no estuvo enteramente privado del don de la elocuencia. En su proceder, consideraba la religion como un medio político para llegar á sus fines, y á cada paso hacia bajar del cielo máximas que atribuía á Dios; así, á favor del solo Alcoran puede cualquiera formarse una idea de las épocas mas importantes de su vida, y los mismos doctores musulmanes han consagrado esta verdad, indicando al pié de cada versículo el acontecimiento que lo motivó. No se descuidaba jamás de dar á todas sus acciones un carácter religioso, y gustaba sobre todo de traer á comparacion los profetas, de que se titulaba sucesor. En una marcha penosa viendo postrados de cansancio á sus compañeros mandó rezasen una oracion, y en seguida añadió: «Los hijos de Israel sufrieron igual fatiga en el desierto, y sin embargo no tuvieron el saludable recurso de una tal oracion!» Cuando su hermano de leche fué á pedirle perdon de haberse proclamado tan elocuente como él, respondió con las palabras de José á sus hermanos: «No haya hoy ninguna querrela entre nosotros; Dios os perdona porque Dios es el misericordioso entre los misericordiosos. En fin logró fascinar el pueblo de tal manera, que este acabó por creerle exento de pecado, aun del mas leve, no obstante de que en varios pasajes de su Alcoran ya espresamente pedia á Dios el perdon de sus faltas, y en nuestros dias casi ha pasado á dogma la opinion de su impecabilidad. Como los judios, sirvióse al principio de una trompeta ó especie de bocina, para llamar sus discipulos á la oracion, despues echó mano de una carraca como la que usa nuestra iglesia en la Semana

Santa, y no pareciéndole ni una ni otra correspondientes á la magestad del Altísimo decidió que solo la voz humana era digna de llenar tan sagrado ministerio.

Ningun retrato nos queda de Mahoma, solo existe un medallon de metal, en que están esculpidas sus formas acompañadas de la siguiente inscripcion;

«En nombre Dios clemente y misericordioso.

«Era de buenas proporciones y de brillante color; exhalaba un olor muy suave; tenía las cejas bien puestas; sus cabellos eran grises.

«Azul el fondo de sus ojos, ancha la frente, pequeñas las orejas, aguileña la nariz y los dientes muy bien formados.

«Eran redondas su cara y su barba, largas sus manos, afilados sus dedos, y grueso su talle; no tenía en todo su cuerpo mas vello que desde el hoyo de la garganta hasta el ombligo. Entre sus hombros habia el sello de la profecía, y se leían estas palabras:

«Vé adonde quieras, siempre vencerás.»

Crean los musulmanes que los que llevan alguna descripción del cuerpo del profeta gozarán de muy notables privilegios; y citan las siguientes palabras de Mahoma: «El que, despues de mi muerte, lea la descripción de mi cuerpo, aquel me vé en persona; y á cualquiera que la mire por amor de mí, libraréle Dios del fuego del infierno, será exento de la pena del sepulcro, y el día de la resurreccion no aparecerá desnudo.» Tanto veneran los orientales su nombre, que en Constantinopla, cuando peligraba el estado, elige el sultan noventa y dos musulmanes llamados Mahomed y Mahoma, y les encarga que recen ciertos capitulos del Alcoran, esperando que las súplicas de los que llevan nombre tan santo preservarán de su ruina al imperio.

Pero debemos tambien considerar al Profeta respecto de su proceder para con los cristianos. En los principios de su poderío, fuese por verdaderas disposiciones de tolerancia y moderacion, fuese por una hipocresia hija de la astucia y del cálculo, mostróse benigno á los discipulos del cristianismo, y para garantir el ejercicio de su culto en Arabia, firmó con ellos un tratado, que se imprimió en 1630 con texto árabe y traduccion latina, con el titulo de *Testamentum et Pactiones initæ inter Mahomedum et christianæ fidei cultores*; y en él se nota el siguiente trozo: «Prometo dar proteccion á los cristianos, defenderlos contra sus enemigos, conservar sus iglesias, templos, oratorios, conventos y los lugares adonde van en romeria, ya estén situados en montes, ya en valles, en cavernas ó en casas, en el campo ó en el desierto, en el mar ó en la tierra, á oriente ó á occidente, de la misma manera conque me conservo á mí mismo, y á los demas fieles creyentes.» No falta quien trate de apócrifo semejante tratado, naciendo de ahí graves disputas entre los historiadores. Sea como fuere, lo cierto es que bien pronto cambió Mahoma de lenguaje, y no contento con hacer leyes terribles contra los cristianos, en el capitulo del *Combate* del Alcoran escribió estas palabras que los árabes leen antes de presentarse al campo de batalla: «Cuando vengais á las manos con infieles, cortadles la cabeza, matad los, esterminadlos, y no ceséis de perseguirlos hasta que sean dispersados y vencidos.»

Despues de haber bosquejado la vida y principales hechos de Mahoma, en el presente artículo, réstanos en los siguientes dar una idea general del espíritu de su grande obra.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

LA HIJA DEL BUHONERO.

IV.



Viajaba el coche con una rapidez extraordinaria: anduvo toda la noche y no paró sino para que Diana descansara el tiempo necesario y no sucumbiera al cansancio y á la fatiga. Cuanto mas avanzaban, de mas misterios parecía rodearse el mariscal; sin embargo cuando podian ser vistos colmaba á

Diana de respetos tan exagerados, que forzosamente atraía la atención de todos los testigos.

Si en público solo hablaba á Diana con la cabeza descubierta, en cambio tratábala con un completo desden cuando se hallaban sin testigos en el coche. El viejo era de un carácter melancólico y áspero que la juventud y hermosura de la joven judía parecia irritar en vez de dulcificar. No obstante de vez en cuando una ligera sonrisa asomaba á sus labios y su mirada era menos torva; pero pronto volvía á oscurecerse su frente como si sucumbiese al secreto dolor de un mal misterioso.

El astuto judío entretanto, que no perdía el menor movimiento, el mas insignificante indicio que pudiera orientarle acerca de su posición y el papel extraño que hacían representar á su hija, fingía entregarse á un sueño casi sin interrupción. Sus ojos permanecían cerrados y su cabeza inclinada sobre su pecho, pero no dejaba escapar, como ya hemos dicho, ni un movimiento, ni un gesto y sobre todo ni una palabra. Diana y él, siempre en presencia del mariscal, nada habían podido hablar que no hubiese oído su vigilante. El judío empero conocía perfectamente el camino que llevaban y tal vez principiaba á comprender algo del misterio de que se hallaban rodeados.

Después de quince días de marcha, los viajeros llegaron á un puerto de mar; un buque dispuesto á darse á la vela los esperaba y en él se embarcaron. Su navegación fué muy corta, volvieron á tomar asiento en el coche que había sido embarcado y desembarcado con ellos; y en seguida principiaron á caminar de nuevo. Por último al anochecer de un día llegaron á un pueblo.

—Es menester que nos separemos en este sitio, dijo el mariscal al judío; pero pronto volveremos á vernos. Dá orden al cochero que continúe por ese camino que está en frente de nosotros hasta llegar á una ciudad. Pasarás atrevidamente sus puertas y dirás á un hombre del pueblo que te conduzca al *Oestergarde*. Desde allí te será fácil pasar á un barrio de pobre apariencia; cuyas calles están construidas con madera sobre los flancos escarpados de una colina. Allí escogerás para alojamiento una casa

de mezquina fachada y cuyas ventanas dan al barrio mas populoso. Diana fingirá dormir hasta su llegada al alojamiento. Ten siempre presente que no me conoces; mi título, el único de mis secretos personales que te he confiado, debes olvidarlo enteramente. Mañana recibirás mis órdenes.

Apenas concluyó de hablar el mariscal, se alejó; el judío obedeció puntualmente y tomó un alojamiento con las mismas circunstancias que le habían sido prescritas.

Aquella noche y todo el día siguiente trascurrieron sin que volviese á ver á su guía. Cuando la noche principió á envolver entre sus sombras á toda la ciudad, un hombre se deslizó furtivamente en la casa habitada por el judío y por su hija: era el mariscal.

—Señora, dijo á Diana en voz baja y misteriosa, es menester fingir que os rodeais de las mas estremadas precauciones, y sin embargo os dejareis ver incesantemente en esta ventana; tales son las órdenes de aquella á quien habeis jurado obedecer ciegamente.

Diana contestó que estaba dispuesta á seguir todas las instrucciones que se le diesen.

El mariscal añadió:—Si alguien os dirige la palabra en un idioma que no entendais, debeis aparentar sin embargo que lo comprendeis; vuestro padre que no os abandonará y que sabe la lengua de este país os apuntará lo que tengais que decir.

Elias temblo.

—Debo haberte parecido un tonto, sin embargo no lo soy, añadió el mariscal con amarga sonrisa; eres muy astuto, pero yo soy mucho mas. Ese profundo sueño que has afectado durante todo el viage, no me ha engañado: he sorprendido las miradas que echabas por la abertura de la portezuela entreabierta; he observado la destreza con que recogias todos los pormenores que podrian indicarte el camino que seguíamos y sobre todo la refinada astucia con que por una palabra en la apariencia indiferente provocabas las revelaciones que pudieran convenirte. En fin, conozco todos los sucesos de tu vida pasada y sé que has habitado este país. No te canses, pues, en tus cálculos y combinaciones, porque gastarás la pólvora en salvas, porque yo no soy tonto y de consiguiente es imposible que me la pegues, ¿lo oyes, viejo judío?

Colocó dos bugias sobre la ventana y sin notar la confusión de Elias, hizo señal á Diana para que se aproximase sin afectación pero de modo que la viesen los transeuntes.

Pronto oyóse en la calle cierto murmullo de voces; debajo de las ventanas se formó un numeroso grupo que poco á poco se fué aumentando, y los bravos y aclamaciones no tardaron en salir de aquella inmensa muchedumbre.

El mariscal mandó al judío que abriese la ventana, y pronto dos mil manos agitaron sus sombreros y dos mil voces gritaron *viva*. Aquello era un entusiasmo sin ejemplo que rayaba en delirio.

—¡Saludad con la mano! Aparentad que estais conmovida! Fingid que os enjugais las lágrimas, dijo el mariscal á Diana, la cual asustada y temblando obedecía cuando se la indicaba.

En vista de esta fingida emoción, los trasportes de los espectadores estallaron con mas entusiasmo que nunca.

—¡Al palacio, gritaron, al palacio! que vuelva á ceñir la

corona! que reine sobre su pueblo.

—Alargad el brazo hácia el pueblo; apoyad la mano sobre vuestro corazón, murmuró el mariscal.

Diana hizo todos los gestos que este le prevenia.

—Fingid que rehusais y que os retirais de la ventana.

Apenas ejecutó las instrucciones de su mentor cuando subieron hasta el cielo los gritos de la multitud que no tardó en invadir la misma habitacion. de Diana. Apoderándose de ella, la sacaron á viva fuerza á la calle, colocáronla en unas parihuelas y por todas partes gritaba la multitud: ¡al palacio! al palacio! Que reine! que reine! Que vuelva la felicidad á sus pueblos.

—¡Ah! murmuró el mariscal, presenciando aquella escena; ¿porqué no me habrá escuchado mi señora? Por qué ha enviado aquí á esta jóven en lugar de venir ella misma? Bien sabia yo que en cuanto la viese el pueblo habia de querer colocarla en el trono. ¿Qué hacer ahora? ¿Cómo desenganar á la multitud? ¿Cómo sacar partido de su error?

—Maltratarán á mi hija: respondió el judío que lo habia oído todo. ¡La desgraciada está perdida! Dios mio! Dios mio! protejedla, porque vos solo podeis salvarla!

—¿Qué haré? qué partido he de tomar ahora para no comprometer la dignidad de mi señora por esta calaverada cuyas consecuencias debia haber previsto?

—¡Venid, venid, no abandonéis á mi hija! exclamó Elias asiendoos fuertemente del brazo del mariscal.

—Este rechazando al judío le contestó: no puede ser, mi presencia no haria mas que agravar los peligros de tu hija, déjame.

—No, dijo Elias, no; no permitireis que degüellen á sangre fria á una pobre muchacha.

—Si me ven contigo todo es perdido. Nadie sabe que la he traído yo aquí; mi presencia en la ciudad no inspira la menor sospecha, porque suelo residir en ella: pero si tú me acompañas, llamaré la atención, y entonces... ¡Oh! tengo un medio muy bueno de asegurarme de tu silencio.

Quiso herir al judío con su puñal.

El viejo por un movimiento rápido evitó el golpe, se lanzó á la calle y no tardó en reunirse con el extraño acompañamiento que arrastraba á Diana al palacio real. Esta comitiva se componia de la hez del pueblo, jornaleros y mugeres; la mayor parte iban sin armas, los demas blandian palos y malas espadas.

Cuando Elias logró aproximarse á Diana, la turba llegaba delante del palacio. Pálida y desfallecida la desgraciada jóven estaba á punto de desmayarse.

Las tropas que guardaban el régio alcazar se formaron y cargaron sus armas.

—¿Qué significan todas esas precauciones? preguntó un hombre, jóven todavía y vestido con la mayor sencillez; el cual bajaba á la sazón las escaleras del palacio.

Si mis soldados toman las armas solo debe ser para tributar á la reina Cristina los honores que son debidos á su rango y á su hermostura. Ella viene á visitar la Suecia que ha gobernado con tanta sabiduría y al príncipe á quien ha legado la pesada carga de la corona. Que sea bien venida á Stokolmo. Solo nos cabe el sentimiento de que su magestad nos haya ocultado su llegada, pues de este modo no hemos podido prevenir su visita ni deponer nuestros homenajes á sus pies.

Elias se adelantó y arrojándose á las plantas del rey, exclamó:

—Señor, no es la reina Cristina, es mi hija, una pobre jóven, víctima de un engaño originado por su semejanza con su magestad.

—¿De veras? dijo Carlos Gustavo: hé ahí un buen asunto para una hermosa leyenda popular. Las hilanderas de Vadnel tendrán una nueva balada que cantar en este invierno manejando sus ruecas.

Apenas la multitud percibió estas palabras cuando el entusiasmo por la que llevaban en triunfo, se convirtió en rabia y ferocidad.

—A la horca la embustera.

—Al mar la falsa reina.

—¡Muera! muera!

Precipitan á Diana en tierra y ya ataban un cordel al cuello de la víctima, cuando los soldados acudieron á socorrerla, mientras que el viejo Elias la defendia con un valor desesperado pero inútil.

Luego que los soldados lograron arrancar á la falsa Cristina de las manos de sus asesinos, condujéronla toda ensangrentada delante del rey.

El monarca saludó al pueblo que le respondió con unánimes aclamaciones y se metió dentro del palacio. En seguida mandó que le presentáran á la prisionera y al judío.

—Deseo interrogarles en vuestra presencia, señores, dijo, designando á tres ó cuatro personas de su córte; venid también, señor conde de Skolokester, deseo oír vuestro parecer sobre este raro suceso,

El personage á quien el rey se dirigia se inclinó y obedeció...

Diana le miró. ¡Era el mariscal!

—¡Eal! mi bella heroína, dijo Carlos Gustavo, reponeros de vuestro susto y decidnos la verdad. De vuestra franqueza depende solamente vuestra salvacion. ¿Quién os ha enviado á Stokolmo?

—Yo he venido aquí con mi padre, respondió la jóven, resuelta á guardar, como lo habia jurado el secreto de la reina.

—¿Este anciano es vuestro padre? ¿Cómo se llama?

—Elias.

—Anciano, quién os ha traído á Stokolmo?

—Soy mercader: un mercader tiene que recorrer incessantemente las grandes poblaciones.

—¿Venis de Francia?

—Nos hemos embarcado en Hamburgo para venir á Suecia, contestó el judío eludiendo siempre la pregunta.

—¿La reina Cristina os ha enviado á Suecia?

—Os juró por el Dios de mis padres que jamás ha sido pronunciado el nombre de la reina Cristina delante de mi hija, y que si su magestad ha intervenido de alguna manera en nuestro viage, lo ignoramos completamente.

—Ah! ah! dijo el rey... Yo busco una contestacion categorica y se me responde con rodeos... Ya veo que solo mi prima, su magestad la reina Cristina, puede sacarnos de este pantano. Es preciso enviarla esta jóven que tanto se le parece y que está adornada con sus propias alhajas, si, con sus propias alhajas, estoy viendo pues en su brazo un diamante que conozco muy bien por haber pertenecido á la corona de Suecia. Ella se alegrará de conocer á un judío tan astuto como este viejo. ¿Quién podría conducirlos con toda seguridad á su presencia?

Volvióse hácia las personas que se hallaban detrás de él.

—Si quereis encargaros de esta mision, señor conde de Skolokester, estoy seguro que mi prima os lo agradecerá mucho.

El conde se puso pálido é hizo una ligera inclinacion de cabeza.

—Huélgome mucho de veros tan solícito en admitir mi proposicion. Escenhadme, pues, porque voy á confiar á vuestro cuidado una semi-embajada.

Repetireis á su magestad la reina Cristina que puede venir á Stokolmo cuando guste, libremente y sin misterio. La Suecia y su rey, ya os lo he dicho, desean tributar sus respetuosos homenajes á una muger augusta que fué su soberana. Su presencia en nada turbará la tranquilidad del país; y la dispondrémos bailes y festejos que espero la agradarán tanto que no echará de menos la córte de Francia.

Mucho tiempo hace que no he visto á la reina Cristina, pero gracias á Dios he estado siempre al corriente de todo lo que la atañe. Tomad, poned en manos de su

magestad, en prueba de mi aserto, este periódico donde está detallado todo cuanto ha hecho desde su salida de Suecia. Verá que no se omite en él ni aun los mas insignificantes pormenores.

Yo podria decir, añadió hojeando el periódico, hasta el día en que cierta jóven, para salvar á un capitán á quien ama, consintió en disfrazarse con el vestido de una protectora misteriosa, dejándose conducir á un país que no conoce por un guía igualmente desconocido, á quien dan el título de mariscal: título que solo lleva en Francia, porque aun no se le ha conferido en Suecia. Añadireis de mi parte, que la jóven ha sido fiel y valiente, pues antes de revelar el secreto de su señora, ha preferido arrostrar la muerte. Señor conde, yo tengo en gran estima la fidelidad, y aborrezco á los traidores tanto como á los cobardes.

Un buque os espera en el puerto. Si dentro de un cuarto de hora existe un traidor en Stokolmo, lo mandaré fusilar. Idos.

He aquí á una muger, á un judío y á un gentil-hombre, añadió con visibles muestras de desagrado y en forma de conclusion, pero el gentil-hombre, el caballero es el bribon. Hará cuatro meses que al separarse de mí para ir, según decia, á Inglaterra, me prodigaba sus juramentos de fidelidad.... Sin embargo, pasó á Francia para conspirar mejor con la reina Cristina; afortunadamente él solo deshonra su nombre porque mi buena y fiel nobleza sueca en nada se le parecé.

En seguida se dirigió á Diana y le dijo:

—Esas son las palabras que os encargo refráis á vuestra señora la reina Cristina. A fin de que no forméis mal concepto de la hospitalidad sueca, voy á dar orden para que halleis ahora mismo en el buque que os llevará á vuestra patria algunos presentes que conservareis como memoria mia.

Agregaré tambien á ellos otras varias frioleras para vuestra señora; no quiero que sospeche ni aun remotamente que le guardo rencor por una barrabada que es preciso confesar se ha fraguado medianamente. Vemos tan mal las cosas desde lejos, que no es extraño que nos equivoquemos.

V.

Poco tiempo despues, en una habitacion solitaria del palacio de Fontainebleau, la reina Cristina hablaba en voz baja con un hombre de elevada estatura y de inmóvil fisonomía á pesar de la gran regularidad de sus facciones.

—Monaldeschi, le decia, con cuánta impaciencia espero noticias de Suecia! Mi corazón está lleno de esperanza sobre el resultado de mi empresa, y cada día me felicito mas y mas de haberla inventado... Hay algo de providencial en la semejanza de esta jóven conmigo, y Dios no la puso sin designio á mi tránsito.

En efecto, si la presencia de Diana ha producido una viva sensacion entre los suecos, si es cierto como decia Skolokester que mi pueblo, lejos de haberme olvidado, echa de menos á su reina y soporta con impaciencia el yugo de Carlos Gustavo, parto, atravieso triunfalmente la Suecia, me presento públicamente en Stokolmo y vuelvo á tomar posesion del trono que un momento de error, me arrebatára. Por el contrario, si los suecos ven con indiferencia á la que hace el papel de Cristina y no se agrupan en torno suyo y prorumpen en gritos de amor y de alegría, no tendré que sufrir la vergüenza y el dolor de un humillante contratiempo. En fin, el viage de Diana á Stokolmo me dará á conocer los sentimientos de Carlos Gustavo respecto á mi persona, y si el pensamiento del regreso de Cristina le inspira algun sobresalto ó temor.

¿Se frustra mi proyecto? déjome ver en la corte de Luis XIV donde mi presecia desmentirá mi supuesto viage y la tentativa que me atribuyen en Suecia. ¿Estalla un

movimiento contra el rey de Stokolmo? Skolokester gana tiempo, deja creer que Diana es la verdadera Cristina, y me dá el plazo necesario para llegar. ¿No creis, Monaldeschi, que tendrá buen éxito mi proyecto? vos solo sois mi confidente, vos solo sabeis que la reina Cristina permanece oculta en su palacio de Fontainebleau. Solo á vos he confiado la historia de esa jóven.... Finalmente, á nadie mas que á vos he dicho el deseo que la devora de volver á subir al trono. Solamente un trono, Monaldeschi, puede colmar de honores á los amigos leales como vos, mi gran escudero; solamente el supremo poder facilita los medios de recompensar dignamente á los buenos servidores.

Monaldeschi hincó una rodilla en tierra y llevó respetuosamente á sus labios la mano de la reina.

En este momento oyóse el ruido de un coche en el patio.

Cristina corrió á asomarse á la ventana y vió bajar del carruage á Diana y al judío Elias. Entonces comprendió la reina que se habia frustrado su proyecto y se quedó pálida como una difunta: una sonrisa equívoca asomó á los labios del italiano.

—Ahí están ya. Id, Monaldeschi; apresuraos.

Algunos momentos despues el viejo y su hija fueron conducidos á la presencia de Cristina. Diana se arrojó á los pies de su señora, y Elias prosternóse á la manera oriental.

—¿Se han frustrado nuestros proyectos? preguntó aparentando una serenidad distante de su corazón que latía con violencia.

—El pueblo sueco no ha olvidado la memoria de su buena reina Cristina, contestó el judío. Apenas creyó reconocer en mi hija á su antigua soberana cuando por todas partes se ha levantado para volverla á colocar en el trono.

—¡Ah! ya sabia yo que no me olvidarian mis buenos suecos, mi corazón me lo decia. ¿Y qué sucedió con motivo del levantamiento.

—El rey Carlos Gustavo nos envió á Francia, y el conde Skolokester se ha suicidado: el pliego del rey de Suecia dirá el resto á vuestra magestad.

Cristina tomó el pliego y rompió los sellos: á medida que sus ojos leían los papeles que contenia, veíase alternativamente enrojecerse de cólera su semblante y sus labios blanquear de rabia, de vergüenza y de desesperacion.

Quando terminó la lectura, cruzó los brazos sobre su pecho y miro de hito en hito á Monaldeschi. Este volvió la cabeza y bajó los ojos, porque conoció que la reina lo sabia todo.

Cristina cogió su silbato, que llevaba siempre pendiente de la cintura, dió dos agudos pitidos y corriendo á la ventana

—Señores, dijo á sus criados y guardias que acudieron al punto, héme ya de vuelta entre vosotros. Que toda mi servidumbre se reuna al instante; que todos mis guardias tomen las armas; que se guarden todas las salidas del palacio para que nadie pueda salir. ¡Capitan! enviad á buscar un sacerdote y traedlo inmediatamente aquí.

Quiero premiar hoy á todos mis leales servidores, dijo efectando no haber notado el terror de Monaldeschi, á cada uno según sus obras. Diana, aquí tienes el perdón completo y absoluto del marqués Felipe de Senancourt, y á él agregó el despacho de coronel al servicio del rey de Francia; he comprado un regimiento para este jóven. El viage te ha fatigado; retírate á la habitacion que te designará mi intendente. Cierta con cuidado las ventanas, ruega á Dios y duerme, hija mia.

Imprimió un beso en la frente de Diana y se despidió de ella. Elias trató de seguir á su hija adoptiva.

—Quédate, le dijo la reina, quédate aquí. Ella no tiene necesidad de saber lo que vá á pasar; pero yo si la tengo de un hombre entendido y valiente. Escucha mis órdenes.

Vete á la iglesia de Fontainebleau; dispon que ábran una huesa, y que todo se halle dispuesto para celebrar allí solemnemente mañana por la mañana unas honras fúnebres.

—¿Por quién? preguntó Elias.

—Por Juan Monaldeschi, primer escudero de la reina Cristina.

Monaldeschi se arrodilló exclamando: ¡perdon, señora, perdon!

—Hé ahí al sacerdote que entra en el palacio: dentro de un cuarto de hora saldrá de él vuestro cadáver.

—Perdon, repitió Monaldeschi.

—Cristina lo rechazó con el pié. No tardó en entrar el sacerdote, seguido de los soldados que debían ejecutar la sentencia impuesta por la reina al condenado.

Dos dias despues, la reina Cristina, rodeada de toda su servidumbre y con una pompa régia, se dirigió á la Bastilla. El gobernador recibió á la reina con los honores debidos á una soberana, y mandó traer á su presencia al marqués Felipe de Senancourt.

—Señor, le dijo, aquí teneis vuestro perdon completo que su magestad el rey Luis XIV ha tenido á bien concederme. Yo tengo la satisfaccion de ser la portadora de él; así como de este despacho de coronel.

—¿Y á qué milagro, exclamó el capitán admirado, debo tanta felicidad y la proteccion de vuestra magestad!

—A una buena accion y á un acto de valor. Habeis defendido á una muger, y esta muger es la que ha querido recompensaros.

—¿Pero quién es esa muger? Las facciones de vuestra magestad me recuerdan...

—No soy yo, creedme, quien recorre la Francia en traje de mercadera con un viejo buhonero, dijo sonriéndose: todavia no hemos llegado á tal estremo de estravagancia.

No quiero limitar á esto mis favores respecto á vuestra persona. Un coronel debe casarse y quiero proporcionaros una muger; os ofrezco, pues, la mano de la señorita Angélica, hija del conde de Beaugency.

Diana, que asistia tapada á esta escena, hizo un movimiento de sorpresa y de dolor, pero la reina le cogió la mano y la tranquilizó con una mirada.

—Esta jóven fué robada á sus padres por una gitana, y recogida despues por un mercader anciano. Durante dos meses he hecho las mas escrupulosas investigaciones, y de los informes que me ha dado el padre adoptivo de esa niña, resulta que el conde y la condesa de Beaugency han muerto llorando á la hija única que les habia sido arrebatada. Las confesiones de la gitana que se halla presa en las cárceles de Paris, y cuyo nombre sabia Elias, y finalmente las deposiciones de testigos irrecusables han venido á confirmar el ilustre nacimiento de Diana, ó por mejor decir, de Angélica. Ella vá á entrar en posesion

de las fincas de su familia, y yo le doy ademias por via de dote cien mil escudos. He aqui vuestra muger, marqués de Senancourt, añadió, quitando el velo que encubria á Diana.

El venturoso Felipe se echó á los pies de su amada enagenado de sorpresa y felicidad.



—¿Me amará vd? le preguntó Diana con voz trémula y baja, ¿me amará vd?, vd. que no se acordaba ya de las facciones de quien os debe el honor y la vida?

—Las facciones de mi libertadora están grabadas en mi corazon, respondió Felipe. Si Angélica no hubiese sido Diana, no me casaria con ella. Diana sola debia ser mi muger.

Un mes despues el dichoso Elias vió celebrar con gran pompa en el palacio de Fontainebleau el casamiento de su hija adoptiva, y fue á habitar con ella el hermoso palacio de Beaugency.

Ocho dias despues de la celebracion de estas bodas, Cristina dejó á la Francia para pasar á Italia.

HISTORIA NATURAL.

GRAN BUHO.

La desgracia que tuve siempre de no creer en espíritus, aparecidos, ni brujas, privárame del indecible placer de los cuentos de las viejas; mas no obstante, cierta noche, ... fuerza será que lo cuente. Si alguna vez vais á

visitar la pequeña ciudad de Cluni, guardaos de buscar las ruinas de su célebre abadía, pues en ellas imprimiera su huella el vandalismo revolucionario. Haced mas bien una excursion en los bosques que hay á una legua en la falda de unas montañas, y allí encontraréis sobre una roca solitaria las romancescas ruinas del viejo castillo feudal de Souloudou, pertenencia en otro tiempo de los Guisas; bellas historias hay que contar sobre esa antigua mansion; pero viejas todas ellas, prefiero darte, ó lector, noticia de

una, que aunque menos importante, data de mi juventud.

Ya entonces las ruinas de Soulourdou no consistían sino en algunos lienzos de muralla, que formaban el recinto del castillo. Dos ó tres vastos salones, cuyos hendidos techos daban entrada al rocío de la noche, una torre medio derruida, á la cual era dado todavía subir por una escalera de caracol, varios otros fragmentos de construcción gótica, elevando su musgosa frente por entre los salvages arbustos; tales eran los restos de esta en otro tiempo opulenta habitacion. No quiero hablar de los vastos subterráneos que, segun cuentan las crónicas, existen en todas las ruinas, bien que nadie los haya jamás visto; bastará decir que respecto á eso, la credulidad pública habia ricamente dotado á Soulourdou. Su posicion encima de una roca salvaje, y en medio de los bosques, se prestaba perfectamente á las historias de hombres solitarios y aparecidos, por donde disfrutaba el castillo de una reputacion terrible, á mas de tres leguas á la redonda, sin que nadie osára jamás acercarse á él sin terror.

Tenia yo diez y ocho años, y el espíritu aventurero propio de la juventud, cuando fui invitado á una gran partida de caza, que debía tener lugar en la selva de Soulourdou. Durante esta diversion, que costó la vida á mas de una pobre liebre, oí contar por la primera vez las espantosas historias de espíritus, aparecidos en el castillo, del cual no distábamos entonces mas de unos tres ó cuatrocientos pasos. Mi natural incredulidad hizo que por de pronto parase poca atencion á esos cuentos; mas luego tres de nuestros cazadores se pusieron á contar con el aire de la mejor buena fé, como habia lo mas un mes que habian sido testigos de las espantosas escenas que durante la noche se verificaban en las ruinas. La cosa tomaba ya un carácter positivo; los tres me afirmaron haberlo visto, visto con sus propios ojos, estando juntos, conviniendo perfectamente sus maravillosas narraciones. Como que las habia con personas respetables, á quienes no tenia el pais por supersticiosas ni crédulas, hubiese sido descortesía negarlo, y me era de todo punto imposible creerlo, tomé pues un partido desesperado: «Señores, les dije, dejadme los pocos viveres que habeis traído, y esperadme mañana al almuerzo, pues esa noche me albergo en las ruinas de Soulourdou.» En vano intentaron disuadirme de mi intento, en vano me dijeron que los pretendidos espíritus podria ser muy bien no fuesen mas que malhechores, yo me apoderé de una botella de vino y de un pedazo de empanada, y me dirigí hácia el castillo, abriéndome paso al través de las espesas zarzas que lo rodeaban por todas partes.

Recorri sus silenciosas ruinas con objeto de buscar un lugar cómodo donde pasar la noche á cubierto, y encontrélo en una especie de vestibulo abovedado que conducia al pie de la escalera de la torre. Sirviome de mesa una enorme piedra, sobre la cual deposité mis provisiones, haciendo otra mas pequeña el oficio de banco, y en caso necesario hubiera podido ofrecermé una cama una espesa capa de musgo y de líquen. Con todo, como verá el lector, malditas las ganas que tuve de dormir.

Estábamos en verano. Llegó la noche triste y nebulosa, con una luna pálida, velada á cada instante por sombrías nubes, un viento frio y húmedo gemia en las tenebrosas bóvedas, y se le oía silbar al través de los árboles, agitando las zarzas y los espinosos arbustos que crecian en las grietas de las murallas. De cuando en cuando repetia el eco el estrépito de alguna piedra, que arrancada de lo alto de la torre por la tempestad, caia rodando por la derrotada escalera. No tenia miedo, pero experimentaba una impresion de tristeza y de inquietud, que, lo confieso, me ponía mal humorado. Prestaba atento el oido al menor rumor, á pesar de mi escepticismo filosófico, y quedaba mas tranquilo cuando solo oia el ahullido de los lobos ó los gáñidos de las zorras atravesando las selvas.

Habiame ya tendido sobre mi lecho de musgo, con ánimo de abandonarme al sueño, cuando oí junto á mi un prolongado suspiro: estremecíme y fijé los ojos en la torre, pero era en aquel instante tan oscura la noche, que nada me fué dado distinguir. Resonó en mi oido otro suspiro con algo de extraordinario, de lúgubre, en nada semejante á la humana respiracion, y que participaba mas bien, tanto del silbido de una serpiente enorme, como del sordo gruñido del tigre. Levantéme, eché mano á mi fusil, y esforzándome en dar firmeza á mi trémula voz, pregunté: «¿Quién vá?»

Cesaron los suspiros, y respondió á la mia una voz retumbante por medio de unos roncós y estraños sonidos que jamás hirieran mis oídos. Parecióme que oia pronunciar distintamente las bárbaras palabras de *hui-hou, hou-hou*, sonando en seguida una estraordinaria agitacion en lo alto de la torre, y rodando hasta á mis pies algunas piedras. Confieso que en aquel momento con tanta razon no las tenia todas conmigo, cuanto el principio de mi aventura era en un todo idéntico á lo que me habian contado los cazadores. Sin embargo, preparado que hube el fusil, levantéme suavemente, y pie ante pie fuime acercando á la escalera. Las densas tinieblas que envolvian las bóvedas me dejaron ver al través de sus sombras, el mas aterrador espectáculo que se puede imaginar en cuatro ojos grandes y bermejos, brillantes como áscuas, los cuales se fijaron al punto en mí de un modo siniestro. Su enorme grandor y el espacio que de uno á otro mediaba me dieron á entender que pertenecian á seres cuya talla aventajaba á la de un hombre: bañó mi cuerpo un frio sudor, mis cabellos se erizaron sobre mi frente: no obstante no perdí la serenidad; apunté á aquellos espantosos ojos é hice fuego. Con el estrépito que causó la detonacion, creí que se venia abajo la torre, y tuve por prudente retirarme á otra parte de las ruinas. Andaba pues con tanta presteza como me era posible hacerla por entre escombros y en una noche en extremo oscura, cuando de repente vi iluminadas las ruinas por una luz brillante, parecida á la de muchas hachas encendidas. Paréme estupefacto con ese nuevo contratiempo, que hizo refluir toda la sangre en mi corazon: oyéronse entonces humanas voces y resonaron en mi oido gritos prolongados.... los gritos de mis amigos que, pesarosos de haberme dejado solo en lugar tan desierto y sospechoso, venian á buscarme alumbrándose al través de las zarzas con antorchas de paja.

Contéles lo que acababa de sucedermé, y subimos juntos á la torre. Sobre la plataforma, en el mismo lugar donde viera los ojos bermejos, encontramos tendido y moribundo un monstruo singular de repugnante y estraña figura. Sus poderosas alas tendidas en el pavimento no tenian menos de seis pies de circuito; su cabeza era grande como la de un niño, redonda, y con una especie de cuernos movibles; sus ojos perfectamente redondos, mayores que los de un hombre, saltones, y provistos de un doble párpado, su nariz en extremo retorcida cubria una enorme boca, perdiéndose ambas cosas, por decirlo así, en un bordado de roja y erizada clin; y sus pies tenian cuatro dedos armados de aceradas y puntiagudas uñas, comparables por la forma y grandor á las de una pantera.

Era el monstruo un gran buho (*strix buho*), que hacia algunos años habitaba con su hembra en la vieja torre. Es la mayor de las aves nocturnas, tanto que aventaja su talla á la del águila. Su cabeza está adornada de dos penachos casi negros en forma de cuernos; su plumage es de color leonado con manchitas morenas en la punta y lados de cada pluma; lo moreno abunda mas encima, y lo leonado debajo. Sus grandes y vigorosos pies están cubiertos de pluma hasta las uñas.

Esta ave, bastante rara en Francia, no habita mas que las rocas, y las ruinas de los viejos castillos; parándose rara vez en los árboles. Como los demas mochuelos, no

sale de su retiro sino durante el crepúsculo de la mañana y el de la tarde; bien que pudieran sus ojos soportar la luz mejor que los de otras especies. Fuerte y animoso como el aguilá, ninguna ave de presa le hace mella, y ataca á todas las otras, no menos que á los pequeños mamíferos, tales como conejos liebres y cervatillos, para los cuales es un objeto de ódio y antipatía invencibles. Si al comenzar por la tarde su caza da con una banda de cuervos, trábese al punto un combate á muerte; acabando siempre el gran buho por dispersarlos, no sin haber antes cogido á algunos las mas de las veces. Suele tambien perseguir á las demas aves de rapiña, como el pernoctero por ejemplo, y arrebatárselas su presa. Antes servia en la cetrería no para coger la caza, sino para atraer en el lazo con su presencia al milano y á la corneja.

Esta ave, bastante comun en Alemania y en Rusia, rara vez descende al llano, estableciendo su nido, compuesto de ramas de árbol y de hojas secas en las viejas murallas ó en las rocas. Pone dos ó tres huevos mayores que los de una gallina, de redondeada forma y blanco ceniciento. Cuida mucho de sus pequeñuelos, y como estos son en extremo voraces, suele frecuentemente durante su educacion cazar en medio del día, lo que no pueden hacer los demas mochuelos.

El buho de Guiana, que se distingue de los demas de su especie por sus largos cuernos y la fiereza de su continente, se encuentra principalmente en la Guiana; por otra

parte son sus hábitos semejantes á los de las demas aves nocturnas de rapiña. Están sus ojos dotados de tanta sensibilidad, que la luz del día los deslumbra completamente y solo puede el ave abandonar su retiro durante los primeros albores del día y el crepúsculo de la tarde. Este buho tiene los ojos grandes en extremo, y están contenidos en una especie de caja huesosa algo semejante á la que contiene la lente ó microscopio que usan los relojeros, y la disposicion del globo del ojo es tal, que el ave vé perfectamente en medio de una luz muy débil. Tiene un plumage tan suave y fino, y tan delicada la construccion del esqueleto, que rara vez se le escapa la presa, por cuanto estas cualidades le permiten echárselo encima sin hacer el menor ruido, siendo por otra parte tan ligero y suave el movimiento de sus alas que apenas producen la menor agitacion en el aire. Como esta ave no sale mas que á la madrugada y á la noche para buscar su alimento, lo hace con mucha ventaja, pues encuentra aun dormidos ó prontos á dormirse á los pájaros y demas animalillos de que se nutre. Las noches de luna son para este buho noches de recreo y de abundancia, porque en ellas puede cazar muchas horas seguidas y abastecerse ámpliamente de provisiones. Como hemos dicho, los pájaros, ratoncillos y otros animales pequeños son presa del buho, asi es que por lo regular establece su permanencia en las cercanias de las granjas y cortijos.



(Buhu de Guiana.)